

León Tolstoi

La muerte de Ivan Ilich

León Tolstoi

La muerte de Ivan Ilich

I

Durante un descanso en la vista de la causa de los Melvinski, los miembros del tribunal y el fiscal se reunieron en el despacho de Iván Egórovich Shébeck, en el amplio edificio de la Audiencia. La conversación recayó sobre el famoso asunto de Krásov: Fiódor Vasilievich, acalorado, mantenía la idea de la incompetencia, mientras Iván Egórovich insistía en lo contrario. En cuanto a Piotr Ivánovich, no intervenía en la discusión; se había puesto a hojear “Védomosti”, que acababan de traerle.

- Señores –dijo -, ha muerto Iván Ilich.

-¿Es posible?

- Aquí tiene; lea –añadió, ofreciendo a Fiódor Vasilievich el periódico, que todavía olía a tinta de imprenta.

La esquela, enmarcada en negro, decía así: “Prascovia Fiódorovna Golovina, con profundo dolor, da cuenta a sus allegados y amigos del fallecimiento de su amado esposo Iván Ilich Golovín, miembro de la Cámara Judicial, sobrevenido el 4 de febrero de 1882. El sepelio será el viernes, a la una de la tarde.

Iván Ilich era compañero de los señores reunidos y todos le profesaban sincero cariño. Llevaba varias semanas enfermo; se decía que la dolencia era incurable. No había sido reemplazado en el cargo, pero se decía que, en el caso de su muerte, Alexéiev podía ser nombrado para sustituirlo, mientras que el puesto de Alexéiev pasarían a ocuparlo Vinnikov o Shtábel.

Así al conocer la noticia de la muerte de Iván Ilich, lo primero que los señores reunidos en el despacho pensaron fue qué repercusión podía tener esta muerte en el traslado o ascenso de ellos mismos o de sus conocidos.

“Ahora conseguiré de seguro el puesto de Shtábel o el de Vinnikov –pensó Fiódor Vasilievich -. Hace tiempo que me lo habían prometido, y el ascenso me representará ochocientos rublos de aumento de sueldo, sin contar las gratificaciones”.

“Tendré que pedir ahora el traslado de mi cuñado, que está en Kaluga –pensó Piotr Ivánovich -. Se alegrará mi mujer. Ahora no podrá decir que nunca he hecho nada a favor de los suyos”.

- Ya me figuraba que acabaría mal –dijo en voz alta Piotr Ivánovich . Lo siento.

-¿Pero que es lo que tenía?

- Los médicos no llegaron a diagnosticarlo. Es decir, sus diagnósticos no coincidían.

Cuando le vi la última vez, me pareció que estaba mejor.

- Yo no había vuelto desde las últimas fiestas. Siempre estaba pensando en acercarme.

-¿Tenía bienes de fortuna?

- Creo que algo, por parte de su mujer. Muy poca cosa.

- Habrá que ir. Vivían lejísimos.
- Lejos para usted. Para usted todo resulta lejos.
- No me puede perdonar que viva al otro lado del río –dijo Piotr Ivánovich a Shébek, sonriendo.

Pasaron a hablar de las distancias de la ciudad y se dirigieron a la sala de sesiones. Además de las consideraciones que esta muerte había despertado en cuanto a los traslados y posibles cambios en el servicio que eso pudiera originar, el hecho mismo de la muerte de un hombre a quien conocían de cerca había provocado en todos ellos, como siempre ocurre, un sentimiento de alegría, al pensar que había muerto otro, y no ellos mismos.

“Se ha muerto él, y no yo”, pensaba o sentía cada uno.

En cuanto a los que se llamaban amigos de Iván Ilich, pensaban también, involuntariamente, en que ahora tendrían que cumplir con un deber muy desagradable, impuesto por las reglas de urbanidad: deberían asistir al entierro y hacer a la viuda una visita de pésame.

A quienes más afectaba esto era a Fiódor Vasilievich y Piotr Ivánovich.

Este último había sido condiscípulo de Iván Petróvich en la escuela de jurisprudencia y se consideraba muy obligado.

Después de anunciar a su esposa, durante la comida, la noticia de la muerte de Iván Ilich y de exponerle sus consideraciones en cuanto al posible traslado del cuñado a su distrito, Piotr Ivánovich, sin retirarse a descabezar un sueño, se puso el frac y se dirigió a casa del difunto.

Ante la puerta había un coche particular y dos de punto. Abajo en el recibimiento, junto a la percha, arrimada a la pared, estaba la tapa del ataúd, forrada en raso, con borlas y galón al que se acababan de sacar brillo. Dos señoras de luto, se estaban quitando los abrigos. A una de ellas la conocía: era la hermana de Iván Ilich; la otra era desconocida. Schwarz, compañero de Piotr Ivánovich, bajaba las escaleras desde lo alto, al verle, se detuvo y le hizo un guiño, como diciéndole: “¡Que tontería ha hecho Iván Ilich! Nosotros somos distintos”.

La cara de Schwarz, con sus patillas a la inglesa, y toda su flaca figura, embutida en el frac, presentaban, como siempre, una elegante solemnidad, y esta solemnidad, siempre en contradicción con el carácter jocoso de la persona misma, ofrecía aquí una gracia especial. Así lo pensó Piotr Ivánovich.

Piotr Ivánovich dejó pasar a las señoras y las siguió por las escaleras. Schwartz se detuvo, esperando en el rellano. Piotr Ivánovich comprendió la causa: quería convenir con él dónde se reunirían para jugar una partida de vint.

Las señoras entraron a reunirse con la viuda, mientras que Schwarz, con los fuertes labios apretados en un gesto de seriedad y la jocosa mirada, indicó arqueando las cejas, a Piotr Ivánovich, hacia la derecha, hacia la habitación en que se encontraba el difunto.

Piotr Ivánovich entró, como siempre ocurre, poseído por un sentimiento de perplejidad ante lo que le era necesario hacer. Una cosa sabía: que en estos casos nunca está demás santiguarse. Acerca de si debía hacer una inclinación, no estaba seguro, y por eso optó por un término medio: al entrar en la habitación, hizo varias veces la señal de la cruz y se inclinó ligeramente. Al mismo tiempo, en la medida en que se lo permitían el movimiento de la mano y la cabeza, miró a su alrededor. Dos jóvenes, uno de ellos estudiante del gimnasio, sobrinos al parecer, salían de la pieza. Una vieja se mantenía de pie, inmóvil. Y una señora, con las cejas extrañamente arqueadas, le susurraba algo. Un sacristán, de levita, animoso y enérgico, leía algo en voz alta en un tono que excluía todo género de

contradicciones. El criado Guerásim cruzó con suaves pasos por delante de Piotr Ivánovich, espolvoreando algo por el suelo. Al advertirlo, Piotr Ivánovich sintió un ligero hedor, que se desprendía del cadáver. En su última visita a Iván Ilich, había visto a este criado en el despacho; hacía las veces de enfermero, e Iván Ilich le tenía en gran aprecio. Piotr Ivánovich siguió persignándose y haciendo inclinaciones hacia un lugar intermedio entre el féretro, el sacristán y los iconos colocados en un rincón, sobre la mesa. Luego, cuando este movimiento de santiguarse le pareció que duraba demasiado, se detuvo y se quedó mirando al muerto.

Este yacía como todos los muertos. Producía una particular sensación de pesadez, con los miembros petrificados y hundidos en la caja, con la cabeza reposando para siempre en el cojín y sacando, como siempre hacen los muertos, su frente amarilla de cera, con los escasos cabellos pegados en las hundidas sienes y la nariz saliente, que parecía inclinada sobre el labio superior. Había cambiado mucho, estaba aún más delgado desde que Piotr Ivánovich lo viera por última, pero, como les ocurre a todos los muertos, su cara era más hermosa y, sobre todo, con más expresión que cuando estaba vivo. Esta cara parecía decir que todo cuanto era necesario hacer había sido hecho; y había sido bien hecho. Además, en esa expresión había un reproche y una advertencia a los vivos. Esta advertencia le pareció a Piotr Ivánovich fuera de lugar, al menos en lo que a él se refería. Sintió algo desagradable, y por eso, santiguándose una vez más con prisa, con más prisa de lo que, según se imaginó, debía hacerlo para guardar las conveniencias, dio la vuelta y se dirigió a la salida. Schwarz le estaba esperando en la habitación de paso, de pie, y con las piernas separadas, jugueteando con el sombrero de copa que sujetaba a su espalda con ambas manos. Piotr Ivánovich se sintió reanimado con sólo mirar la figura jovial, limpia y elegante de Schwarz. Comprendió que éste se hallaba por encima de todo aquello y no se dejaba dominar por las malas impresiones. Su simple aspecto los decía: El incidente del funeral de Iván Ilich no puede ser en modo alguno motivo como para considerar alterado el orden de la reunión; es decir, nada podrá impedir que nos reunamos esta tarde y rompamos el precinto de la baraja, mientras el criado coloca ante nosotros las cuatro velas recién encendidas; en general, no hay razones para suponer que este incidente nos impida pasar hoy agradablemente la velada. Y así se lo dijo en voz baja a Piotr Ivánovich cuando éste pasaba junto a él, invitándole a reunirse en casa de Fiódor Vasilievich. Pero la suerte no parecía sonreír a Piotr Ivánovich en cuanto a las posibilidades de jugar una partida de vint aquella tarde. Praskovia Fiódorovna, mujer más bien gruesa, a pesar de todos sus esfuerzos para ser lo contrario, y que se iba ensanchando de los hombros hacia abajo, toda de luto, con un velo que le cubría la cabeza y con las cejas extrañamente arqueadas como la señora que se encontraba junto al ataúd, salió de sus habitaciones con otras dos damas y les dijo, llevándolas hasta la puerta del muerto: “Ahora se va a celebrar un responso. Pasen”. Schwarz, con una inclinación vaga, se detuvo sin aceptar ni rechazar, por lo visto la invitación. Praskovia Fiódorova, al ver a Piotr Ivánovich, suspiró, se acercó a él, le cogió la mano y le dijo: Se que usted era un verdadero amigo de Iván Ilich...”, a la vez que se le quedaba mirando, esperando de él la actitud que de éstas palabras se desprendía. Piotr Ivánovich sabía que debía persignarse, apretarle la mano, lanzar un suspiro y decir: “La acompaño en el sentimiento”. Así lo hizo. Hecho esto, sintió que el resultado era el que ambos deseaban: él quedó conmovido y ella también quedó conmovida.

- Venga conmigo mientras empieza; tengo que hablar con usted –dijo la viuda - Deme el brazo.

Se lo ofreció y ambos se dirigieron a las habitaciones interiores pasando por delante de Schwartz, quien hizo un triste guiño a Piotr Ivánovich.

“¡Ahí tiene el vint ¡No se preocupe; encontraremos a otro. Cuando se quede libre, podemos jugar los cinco”, pareció decirle su jocosa mirada.

Piotr Ivánovich dejó escapar un suspiro, aún más profundo y triste, y Praskovia Fiódorovna le apretó, agradecida la mano. Entrando que hubieron en la sala, con las paredes revestidas de cretona rosa e iluminada por la sombría luz de una lámpara, tomaron asiento junto a la mesa: ella en el diván y el en un puf bajo, con los muelles estropeados, que no se acomodaba a sus nalgas. Praskovia Fiódorovna quiso advertirle que se sentara en otra silla, pero le pareció que eso no correspondía a la situación y cambió de parecer. Al sentarse en el puf, Piotr Ivánovich recordó que Iván Ilich había arreglado esta sala y le había pedido su parecer sobre esta misma cretona rosa con hojas verdes. Al pasar para sentarse en el diván (la sala estaba llena de cachivaches y muebles), la viuda se enganchó el negro encaje de la mantilla en las molduras de la mesa. Piotr Ivánovich se incorporó para desengancharlo y el puf, liberado de su peso, empezó a dar muestras de inquietud y a empujarle. La propia viuda quiso desenganchar su encaje, y Piotr Ivánovich se sentó de nuevo, aplastando el rebelde puf. Pero la viuda seguía sin desengancharlo y Piotr Ivánovich se incorporó una vez más, y de nuevo dio el puf muestras de rebeldía. Cuando todo esto hubo terminado, ella sacó un blanco pañuelo de batista y se puso a llorar. Piotr Ivánovich, enfriado por el episodio del encaje y la lucha con el puf, permaneció con el ceño fruncido. La molesta situación quedó interrumpida por la aparición de Sokolov, el mayordomo de Iván Ilich, quien venía a comunicar que la sepultura que Praskovia Fiódorovna había elegido en un principio costaría doscientos rublos. Ella cesó de llorar y, mirando con aire de víctima a Piotr Ivánovich, le dijo en francés que todo aquello le resultaba penosísimo. Piotr Ivánovich asintió en silencio, expresando la indudable seguridad que no podía ser de otro modo.

- Fume, por favor –le dijo ella con voz generosa a la vez que acongojada, y se ocupó con Sokolov del problema del precio de la sepultura.

Piotr Ivánovich, entre bocanada y bocanada de humo, pudo oír que ella preguntaba con gran detalle por los distintos precios hasta determinar la que debería ser adquirida. Además, una vez hubo terminado con esta cuestión, dispuso lo relativo a los cantantes. Sokolov se retiró.

- Yo misma lo hago todo –dijo a Piotr Ivánovich, apartando a un lado los álbums que había sobre la mesa; y advirtiéndole que ésta se encontraba a la amenaza de la ceniza del cigarrillo, sin perder un instante le acercó un cenicero y siguió:

- Fingiría si le afirmase que el dolor no me deja ocuparme de cuestiones prácticas. Al contrario, si hay algo que pueda consolarme... y distraerme, son las cosas que se relacionan con él.

Sacó de nuevo el pañuelo como preparándose para llorar y de pronto, haciendo un esfuerzo sobre sí misma, sacudió la cabeza y empezó a hablar tranquilamente.

- Querría que me diese ciertos informes.

Piotr Ivánovich se inclinó sin permitir que se aflojasen los muelles del puf, que inmediatamente se habían removido debajo de él.

- En los últimos días sufrió terriblemente,

-¿Sufrió mucho? –preguntó Piotr Ivánovich.

-¡Oh, algo terrible! Durante las últimas horas, y no los últimos minutos, no paró de gritar.

Estuvo gritando tres días seguidos, sin cesar un solo instante. Era algo insoportable. No

puedo comprender como lo he podido soportar; se oía a través de tres habitaciones. ¡Oh, lo que he sufrido!

-¿No llegó a perder el conocimiento? –volvió a preguntar Piotr Ivánovich.

- No –murmuró ella -, lo conservó hasta el último minuto. Se despidió de nosotros un cuarto de hora antes de su muerte, y aún pidió que se llevaran a Volodia.

La idea de los sufrimientos de aquel hombre a quien había conocido tan de cerca, primero como un alegre chiquillo, como colegial, y luego como compañero adulto, a pesar de la desagradable conciencia de que la viuda estaba fingiendo, horrorizó de pronto a Piotr Ivánovich. Le pareció ver de nuevo aquella frente, la nariz que se inclinaba sobre el labio, y sintió un miedo espantoso.

“Tres días de sufrimientos horribles y la muerte. Porque esto me puede ocurrir a mí en cualquier momento”, pensó, y por un instante sintió miedo. Pero a continuación, sin que él mismo se diera cuenta, acudió en su ayuda la común idea de que eso le había ocurrido a Iván Ilich y no a él, y que algo semejante no debía ni podía ocurrirle a él mismo: que pensando así, se dejaba ganar por un sombrío estado de ánimo, cosa que no debía ocurrir, como resultaba evidente a juzgar por la cara de Schwartz. Y con esta reflexión, Piotr Ivánovich se tranquilizó y pasó a preguntar detalles del fallecimiento de Iván Ilich como si la muerte fuese algo que sólo a Iván Ilich le pudiera afectar pero en modo alguno a él. Después de las aclaraciones sobre los detalles de los sufrimientos físicos, realmente espantosos, de Iván Ilich (detalles de los que Piotr Ivánovich se enteró sólo por la manera como los tormentos de Iván Ilich habían actuado sobre los nervios de Praskovia Fiódorovna), la viuda consideró necesario pasar a cuestiones prácticas.

-¡Ay, Piotr Ivánovich, que penoso, que terriblemente penoso ha sido! –y de nuevo rompió a llorar.

Piotr Ivánovich lanzó un suspiro y esperó a que la viuda se sonase. Así que lo hubo hecho, el dijo: “Créame...”, y de nuevo ella empezó a hablar, manifestando lo que, al parecer, le interesaba más con relación a su interlocutor; todo se reducía a preguntas de cómo conseguir más dinero del erario público como consecuencia de la muerte de su marido. Parecía pedir a Piotr Ivánovich consejo en lo referente a la pensión; pero él veía que ella estaba ya al tanto de los últimos pormenores y que sabía cosas que el mismo ignoraba: todo lo que podía hacerse para conseguir algo del erario con motivo de esta muerte; pero quería saber también si no se podía obtener algo más. Piotr Ivánovich se esforzó en imaginarlo, pero después de pensar un rato y de criticar al gobierno su tacañería, para cubrir las apariencias, dijo que, en su opinión, era imposible conseguir nada más. Entonces ella lanzó un suspiro y, al parecer, trató de imaginar un recurso para liberarse de su visitante. El lo comprendió, apagó el cigarrillo, se puso en pie, le estrechó la mano y salió al recibimiento. En el comedor, donde estaba el reloj que Iván Ilich había adquirido con tanto placer en una tienda de ocasión, Piotr Ivánovich encontró al sacerdote y a unos cuantos conocidos que habían llegado para asistir al funeral; también vio a una hermosa señorita a quien ya conocía, la hija de Iván Ilich. Ésta iba de riguroso luto. Su cintura, muy estrecha de por sí, parecía ahora todavía mas fina. Su semblante era sombrío, decidido, casi colérico. Saludó a Piotr Ivánovich como si lo considerase culpable de algo. Tras la hija, también con el semblante ofendido, estaba otro conocido de Piotr Ivánovich, un acaudalado joven, juez de instrucción, el novio de ella, según tenía entendido. El lo saludó con cara triste, y quería pasar a la habitación del muerto cuando por la parte de la escalera apareció la figurita de un estudiante del gimnasio, hijo de Iván Ilich y muy parecido al difunto. Era el pequeño Iván Ilich tal y como Piotr Ivánovich lo recordaba en la Escuela de Jurisprudencia. Sus ojos

mostraban señales de haber llorado y eran como suelen ser los ojos de chicos sucios de trece y catorce años. El muchacho, al ver a Piotr Ivánovich le saludó con un movimiento de cabeza y entró en la habitación del muerto. Guerásim salió de la habitación del difunto y removió con sus fuertes manos todos los abrigos hasta dar con el de Piotr Ivánovich, a quien ayudó a ponérselo.

-¿Qué hay, Guerásim? –preguntó Piotr Ivánovich por decir algo -. ¿Lo has sentido?

- Es la voluntad de Dios. Todos iremos allí –contestó Guerásim, dejando ver sus dientes blancos y fuertes de mujik, y como persona muy atareada, se dio prisa en abrir la puerta, llamó al cochero, acompañó a Piotr hasta el coche y retrocedió al portal como pensando que trabajo le esperaba.

Piotr Ivánovich respiró con particular agrado el aire libre después del olor a incienso, a cadáver y a ácido fénico.

-¿Adonde ordena? –preguntó el cochero.

- No es tarde. Me acercaré aún a casa de Fiódor Vasilievich.

Y Piotr Ivánovich hizo como pensaba. En efecto, encontró los jugadores al final de la primera mano, así que pudo incorporarse en calidad de quinto.

II

La vida de Iván Ilich era una historia que no podía ser más vulgar y corriente, y más horrible.

Iván Ilich, muerto a los cuarenta y cinco años como miembro de la Cámara Judicial, era hijo de un funcionario que había hecho en Petesburgo, en distintos ministerios y departamentos, la carrera que lleva a los hombres a una situación en que, a pesar de mostrar su completa incapacidad para ejercer unas funciones realmente útiles, atendido su puesto en el escalafón y sus dignidades, no pueden ser despedidos, y por eso ocupan cargos imaginarios y ficticios, por lo que gozan de unos sueldos no ficticios entre los seis mil y los ocho mil rublos, con los que viven hasta la vejez más avanzada.

Así era Iliá Efimovich Golovín, consejero secreto y miembro innecesario de diversas e innecesarias instituciones.

Había tenido tres hijos varones. Iván Ilich era el segundo. El primogénito había hecho la misma carrera que el padre, aunque en otro ministerio, y se acercaba a la edad, dentro del escalafón, en que da comienzo esta inercia de los sueldos. El hijo tercero era un fracasado. Siempre, en diversos puestos, había quedado muy mal, y ahora prestaba servicio en los ferrocarriles; lo mismo el padre que los hermanos, y particularmente las esposas de éstos, se resistían a verse con él; es mas, salvo una necesidad extrema, ni siquiera se acordaban de su existencia. La hermana estaba casada con el barón Gref, un funcionario petersburgués como el suegro. Iván Ilich era, según decían, le phenix de la famille. No era tan frío y cumplidor como el mayor ni tan alocado como el menor. Ocupaba un término medio: era un hombre inteligente, vivo agradable y decoroso. Había estudiado con el hermano menor, en la Escuela de Jurisprudencia. El menor no llegó a acabar los estudios, siendo expulsado en el quinto curso; Iván Ilich, en cambio, acabó con aprovechamiento. En la Escuela era ya lo que había de ser toda su vida: una persona capaz, alegre, bondadosa y comunicativa, pero que cumplía rígidamente lo que consideraba su deber; y un deber era para él cuanto se consideraba como tal por los hombres más encumbrados. No fue adulator ni de chico ni luego, de adulto, pero desde sus años mozos se sintió atraído, como la mosca hacia la luz, por las personas encumbradas en la sociedad; hacía suyas sus maneras y conceptos de la vida y entablaba con ellos relaciones amistosas. Todas las pasiones de la infancia y la

juventud pasaron por él sin dejar grandes huellas; se entregó también a los placeres sensuales, a la vanidad y –ya al final, en los últimos cursos- al liberalismo, pero todo dentro de ciertos límites que le señalaba fielmente su sentimiento de la medida.

Durante su estancia en la Escuela de jurisprudencia, hizo cosas que en un principio se le figuraban verdaderas porquerías y le producían asco hacia sí mismo en el momento de realizarlas; pero más tarde, al ver que esas cosas eran también realizadas por personas muy encumbradas sin que las tuvieran por malas, no es que las considerase buenas, pero las olvidó por completo, sin que su recuerdo le produjese la menor aflicción.

Al salir de la Escuela de Jurisprudencia, ya acabados los estudios, y habiendo recibido de su padre dinero para equiparse, Iván Ilich se hizo un traje en la sastrería de Shármer, se colgó, a modo de dije, una medallita con la inscripción *Respice finem*, se reunió a comer con discípulos en el restaurante de Donon y compró una maleta, ropa blanca, un traje, brocha y navaja de afeitar, un neceser y una manta de viaje, todo ello encargado y adquirido en las mejores tiendas. Acto seguido marchó a una provincia en calidad de agregado del gobernador de la misma, puesto que le había gestionado su padre.

Iván Ilich se organizó al momento una situación tan despreocupada y agradable como la que había gozado en Petesburgo. Atendía a los deberes de su cargo, hacía carrera y, al mismo tiempo, se divertía de manera agradable y decorosa. De tarde en tarde salía a uno u otro distrito con diversas misiones que le eran encomendadas, se mantenía digno lo mismo con los altos que con los bajos y cumplía con exactitud e incorruptible honradez cuanto se le confiaba, que de ordinario eran problemas relacionados con los disidentes religiosos.

En los asuntos del servicio, a pesar de su juventud y su afición a las diversiones, mostraba una reserva extraordinaria, sin salirse del terreno oficial, en un plano hasta severo; pero en la vida social era a menudo jovial e ingenioso y siempre afable; un *bon enfant*, como decían de él su jefe y la esposa de éste, que le consideraban como su familia.

Tuvo en provincias relaciones con cierta dama que llegó a ser una carga para el elegante jurista; tuvo una modistilla; hubo juergas con los edecanes del emperador que llegaban de la capital; hubo pequeños servicios particulares al jefe y hasta a la esposa del jefe, pero todo ello tan dentro de las conveniencias, que no podía ser calificado con palabras desagradables: no rebasaba el marco de la expresión francesa: *Il faut que jeunesse se passe*. Todo ello se hacía con las manos limpias, con camisas limpias, con palabras francesas y sobre todo, dentro de las esferas más altas de la sociedad y, por consiguiente, con la aprobación de los personajes encumbrados.

Así transcurrieron cinco años de la vida de Iván Ilich, hasta que apareció la hora del cambio. Surgieron nuevas instituciones, para las que se requerían hombres nuevos.

E Iván Ilich fue uno de esos hombres nuevos.

Le fue ofrecido el cargo de juez de instrucción e Iván Ilich lo aceptó, a pesar de que debía trasladarse a otra provincia, tenía que abandonar las relaciones ya establecidas y buscar otras nuevas. Los amigos se reunieron para despedirlo, le ofrecieron una pitillera de plata y él marchó a ocupar su nuevo destino.

Como juez de instrucción, Iván Ilich fue en todo *comme il faut*; buen guardador del decoro, sabía marcar la diferencia entre las obligaciones del cargo y la vida privada y despertaba la estimación general, lo mismo que había sido como agregado al gobernador de la provincia. El propio cargo de juez de instrucción ofrecía a Iván Ilich un campo de acción mucho más interesante y atractivo. En el puesto anterior resultaba agradable pasar con desenvoltura, vestido con su uniforme de la sastrería de Shármer, por delante de las visitas que esperaban la hora de ser recibidas y le envidiaban al verle entrar en el despacho

del jefe y sentarse con él a la mesa para tomar una vaso de té y fumar un cigarrillo; pero los que dependían de su arbitrio eran pocos. Eran sólo los comisarios y los disidentes religiosos, cuando se le encomendaba una misión; y le agradaba tratar afablemente, casi en pié de igualdad, a las personas que dependían de él, le agradaba dar a entender que él, capaz de aplastarlas, las trataba amistosamente, con sencillez. Pero estas personas no eran entonces muchas. Ahora, en cambio, como juez de instrucción, Iván Ilich sentía que todos, todos sin excepción, hasta las personas mas graves y satisfechas de sí mismas, estaban en sus manos, y que sólo escribir ciertas palabras en papel timbrado bastaba para que ese hombre grave y satisfecho de sí mismo compareciese ante él en calidad de acusado o testigo, y que, si no lo invitaba a tomar asiento, el otro permanecería de pie ante él y debería contestar a sus preguntas. Iván Ilich no abusaba nunca de sus facultades; al contrario, procuraba suavizar sus manifestaciones; pero la conciencia de este poder y la posibilidad de suavizarlo constituían para él el máximo interés y atractivo del nuevo cargo. En lo que se refiere a sus funciones, Iván Ilich asimiló muy pronto la costumbre de prescindir de todo cuanto no se refería al cargo mismo; sabía presentar cualquier asunto, hasta el más complicado, bajo una forma en la que su convicción personal quedaba al margen y sobre todo, se observaban todas las formalidades requeridas. Se trataba de algo nuevo. Y él fue uno de los primeros hombres que elaboraron en la práctica la aplicación de los reglamentos del año 1864.

Al trasladarse a la nueva ciudad como juez de instrucción, Iván Ilich adquirió nuevos amigos, nuevas relaciones, adoptó una actitud distinta y cambió algo de tono. Procuró mantenerse un tanto alejado de las autoridades de la provincia y eligió sus amistades entre los nobles acaudalados de la judicatura que residían en la ciudad, adoptando un aire de ligero descontento respecto del gobierno, de moderado liberalismo y de un espíritu cívico civilizado. Además sin cambiar en absoluto la elegancia de su guardarropa, Iván Ilich, en su nuevo cargo, dejó de afeitarse el mentón y permitió que su barba creciese libremente. La vida de Iván Ilich en la nueva ciudad resultó muy agradable: la sociedad, en la que reinaban aires de fronda contra el gobernador, era muy unida y agradable; el sueldo era mayor y a los placeres de la vida se sumó entonces el whist, al que Iván Ilich empezó entonces a jugar; sabía hacerlo con un espíritu alegre, penetrando con rapidez en todas las sutilezas del juego, de tal manera que siempre ganaba.

A los dos años de residencia en la nueva ciudad, Iván Ilich se encontró con la que había de ser su esposa. Praskovia Fiódorovna Míjel era la muchacha mas atractiva e inteligente del círculo en que él se movía. Entre otras diversiones que le permitían descansar de sus trabajos de juez de instrucción, Iván Ilich estableció unas relaciones joviales y ligeras con Praskovia Fiódorovna.

Antes como agregado a la persona del gobernador, bailaba; ahora, como juez de instrucción, bailaba ya en raras ocasiones. Lo hacía en el sentido de que, si bien prestaba servicio en las nuevas instituciones y figuraba en la quinta categoría del escalafón, si se trataba de bailar, podía demostrar que lo hacía mejor que cualquier otro. Así de tarde en tarde, al fin de una velada, bailaba con Praskovia Fiódorovna, y fue sobre todo durante estos bailes cuando la conquistó. Ella se enamoró de Iván Ilich. Éste no tenía el propósito claro y definido de casarse, pero, cuando la muchacha se enamoró de él, se hizo la pregunta. “En efecto, ¿por qué no he de casarme?”, se dijo.

Praskovia Fiódorovna, además de se bien parecida, pertenecía a una buena familia de la nobleza y poseía un pequeño patrimonio. Iván Ilich hubiera podido aspirar a un partido mas brillante, pero éste tampoco era malo. El disponía de su sueldo y esperaba que ella aportaría

otro tanto. Emparentaría con un buen linaje, y ella era una mujer agradable, bonita y de excelentes costumbres. Decir que Iván Ilich se casó porque se había enamorado de su novia y había encontrado en ella la misma visión que él tenía de la vida, sería tan injusto como decir que se casó porque las personas de su sociedad aprobaban su elección. Iván Ilich se casó guiándose por ambas consideraciones: eligiendo esta esposa, hizo algo que le resultaba agradable y al mismo tiempo, lo que las personas más encumbradas consideraban acertado. E Iván Ilich se casó.

El proceso mismo de la boda y los primeros tiempos de la vida matrimonial, con sus caricias, los nuevos muebles, el nuevo servicio de comedor, la nueva ropa, hasta que su mujer se sintió embarazada, transcurrieron muy bien, de tal modo que Iván Ilich empezó a pensar que la boda, lejos de alterar el carácter de la vida fácil, agradable, alegre y siempre decorosa, y aprobada por la sociedad, que él consideraba algo propio de la vida en general, lo había acentuado. Pero luego, con los primeros meses del embarazo de su esposa, apareció algo nuevo, inesperado, desagradable, duro e indecoroso, algo que no se podía esperar y de lo que de ninguna manera podía apartarse.

Su esposa, sin motivo alguno, según le parecía a Iván Ilich, de gaiteté de coeur, según él mismo se decía, empezó a turbar su agradable y decorosa vida: sin razón alguna, se mostraba celosa, exigía de él constantes atenciones, protestaba por todo y le hacía escenas desagradables y groseras. En un principio Iván Ilich confiaba en verse libre de las molestias de esa situación recurriendo a la vida fácil y decorosa que antes le había salvado. Trató de cerrar los ojos a esta disposición de ánimo de su mujer y siguió con su comportamiento vano y agradable de antes: invitaba a los amigos a jugar a las cartas en casa y se iba al club con sus amistades. Pero su mujer, en una ocasión, empezó a censurarle con tanta energía y con palabras tan groseras, y se mantuvo tan terca en su actitud cada vez que él se negaba a cumplir sus exigencias, con la firme decisión de seguir así hasta que él se sometiese, es decir, mientras no se quedase en casa para acompañarla en su aburrimiento, que Iván Ilich se horrorizó. Comprendió que la vida de casado, al menos con su mujer, no se ajustaba siempre a las normas de la vida agradable y decorosa, sino que, al contrario, a menudo las violaba, razón por la cual era necesario ponerse a salvo de estos trastornos. E Iván Ilich empezó a buscar los recursos para conseguirlo. Los deberes propios de su cargo eran algo que imponía a Praskovia Fiódorovna, y él, escudándose en ellos, empezó a luchar con su mujer y a defender su independencia.

Con el nacimiento de la niña y los fracasados intentos de darle el pecho, con las enfermedades reales e imaginarias de la hija y de la madre, en las que se exigía la participación de Iván Ilich, pero de las que él no entendía nada en absoluto, se le hizo más imperiosa todavía la necesidad de conservar un mundo al margen de la familia.

A medida que aumentaban la irritación y las exigencias de su esposa, Iván Ilich trasladaba más y más el centro de gravedad de su vida a los asuntos del servicio. Cobró más cariño a su profesión y se hizo más ambicioso.

Muy pronto, al año de la boda, Iván Ilich comprendió que el estado matrimonial, aún proporcionando ciertas comodidades en la vida es, en esencia, un asunto muy complicado y difícil, con relación al cual, para cumplir con su deber, es decir, para mantener una vida decorosa, aprobada por la sociedad, hay que adoptar determinada actitud, lo mismo que con relación al cargo.

Así lo hizo Iván Ilich. De la vida familiar exigía únicamente las comodidades relacionadas con la comida, la dueña de casa y la cama, cosas que dicha vida podía proporcionarle; sobre todo, exigía el decoro de las formas, que eran determinadas por el modo de pensar de la

sociedad. En todo lo demás buscaba lo agradable, y si lo encontraba, quedaba muy reconocido; pero si tropezaba con resistencia y gruñidos, al instante se retiraba al mundo de las obligaciones de su cargo, que él se había reservado, y en el cual encontraba esa sensación de agrado.

Iván Ilich era muy estimado por sus superiores y a los tres años ascendió a fiscal adjunto. Los nuevos deberes, la importancia de los mismos, la posibilidad de procesar y meter en la cárcel a cualquiera, el carácter público de los discursos y el éxito que en este terreno tuvo, fueron circunstancias que le incorporaron todavía más íntimamente al cargo.

Vinieron más hijos. Su esposa se hacía cada vez más gruñona, pero Iván Ilich, con la actitud que había adoptado hacia la vida doméstica, se había hecho casi impermeable a estos contratiempos.

Después de siete años de servicio en esta ciudad, Iván Ilich fue trasladado con el cargo de fiscal a otra provincia. El dinero escaseaba y a su esposa no le agradó el lugar al que habían sido destinados. Aunque el sueldo era mayor, la vida era más cara; aún más desagradable para Iván Ilich.

Praskovia Fiódorovna echaba la culpa a su marido de todos los reveses que encontraron en su nueva residencia. La mayoría de los temas de conversación entre marido y mujer, sobre todo los relativos a la educación de los hijos, conducían a cuestiones que recordaban disputas pasadas, y a cada momento estaban a punto de surgir nuevos altercados. Quedaban sólo escasos períodos de amor, que se hacían muy breves. Eran islotes a los cuales atracaban un momento, para luego adentrarse de nuevo en el mar de la hostilidad latente, expresada en el alejamiento mutuo en que vivían. Este alejamiento hubiera podido afligir a Iván Ilich si él hubiera considerado que no debía ser así, pero ahora admitía ya esta situación no sólo como normal, sino con el fin de su actividad en el seno de la familia.

Dicho fin consistía en emanciparse cada vez más de estos disgustos y darles carácter de algo inofensivo y decoroso; lo consiguió así procurando pasar cada vez menos tiempo con la familia; Y cuando se veía obligado a estar en casa, procuraba asegurar su situación con la presencia de extraños. Pero lo principal que Iván Ilich tenía a su disposición era el trabajo. Este mundo concentraba para él todo el interés de la vida. Y este interés le absorbía por entero. La conciencia de su poder, de la posibilidad de hundir a quien quiera, la gravedad, incluso desde el punto de vista exterior, con que entraba en la sala del tribunal, y la que guardaba en las entrevistas con sus subordinados, su éxito ante superiores e inferiores, y sobre todo, la maestría con que conducía los asuntos, y de la que él se daba cuenta, le producían satisfacción, y, junto con las charlas con los compañeros, las comidas y el whist, daban un contenido a su vida. De este modo, en general, la vida de Iván Ilich seguía marchando tal y como él consideraba que debía marchar: de una manera agradable y decorosa. Así vivió siete años más. La hija mayor tenía dieciséis años, había muerto otro hijo y quedaba un muchacho, estudiante del gimnasio, que constituía la manzana de la discordia.

Iván Ilich hubiera querido verlo en la Escuela de Jurisprudencia, pero Praskovia Fiódorovna, por llevarle la contraria, hizo que ingresara en el gimnasio. La hija estudiaba en casa y crecía normalmente, y el chico tampoco se portaba mal en los estudios.

Así transcurrió la vida de Iván Ilich durante los diecisiete años que siguieron a la boda. Era ya un viejo fiscal que había renunciado a varios traslados, a la espera de un puesto mejor, cuando, inopinadamente, se produjo una desagradable circunstancia que vino a trastornar por completo la tranquilidad de su vida. Iván Ilich esperaba el cargo de presidente en una ciudad universitaria, pero Goppe supo adelantarse y fue el beneficiado. Iván Ilich se irritó, empezó a hacer reproches y se enemistó con su inmediato superior; adoptaron hacia él una actitud fría y, con ocasión del nombramiento siguiente, también fue preterido.

Esto era en 1880. Fue el año más difícil de la vida de Iván Ilich. Aquel año resultó, por una parte, que el sueldo no alcanzaba para mantener su tren de vida; por otra, todos lo habían olvidado y, lo que a él le parecía la mayor de las injusticias para con su persona, los otros lo tomaban como algo que no podía ser más común. Ni siquiera su padre se consideró en la obligación de ayudarlo. Sentía que le habían abandonado todos, considerando que su situación, con los tres mil quinientos rublos de sueldo, era completamente normal y hasta envidiable. Pero él, con la conciencia de las injusticias de que había sido víctima, con los eternos gruñidos de su mujer y con las deudas que había contraído llevando una vida superior a sus recursos, sabía que su situación estaba muy lejos de ser normal.

Aquel verano, para reducir sus gastos, tomó unas vacaciones y el matrimonio se fue a vivir al campo con el hermano de Praskovia Fiódorovna.

Allí sin sus ocupaciones habituales, Iván Ilich sintió por primera vez no sólo tedio, sino un tedio insoportable; decidió que esta vida era imposible y que debía tomar enérgicas medidas.

Después de una noche de insomnio, que Iván Ilich pasó yendo y viniendo por la terraza, decidió ir a Petesburgo, hacer gestiones y, para castigar a los otros

A quienes no habían sabido estimarle en lo que valía, pedir el traslado a otro ministerio.

Al día siguiente, a pesar de todo cuanto su mujer y su cuñado hicieron para disuadirle, se fue a Petesburgo.

Le movía a hacerlo un propósito único: solicitar un cargo con un sueldo de cinco mil rublos. No lo importaban ya el ministerio, la orientación y el tipo de actividad. Lo único que necesitaba era un cargo de cinco mil rublos en la administración, en la banca, en los ferrocarriles, en las instituciones de la emperatriz María, incluso en aduanas, pero siempre y cuando el sueldo fuese de cinco mil rublos y, forzosamente, saliendo del ministerio en el cual no habían sabido apreciar sus méritos.

Pues bien, este viaje de Iván Ilich se vio coronado por un éxito asombroso, inesperado. En Kursuk subió a su vagón un conocido suyo, F. S. Ilín, quien le habló de un telegrama que el gobernador de la provincia acababa de recibir anunciando que en el ministerio, de un día para otro, se iba a producir una revolución: Piotr Ivánovich sería sustituido por Iván Semiónovich.

La presunta revolución, además del valor que pudiera tener para Rusia, ofrecía una significación especial para Iván Ilich; al promover a un personaje nuevo, Piotr Petróvich, y sin duda al amigo de éste, Zajar Ivánovich, el cambio resultaba extraordinariamente favorable para Iván Ilich. Zajar Ivánovich era compañero y amigo de este último.

En Moscú fue confirmada la noticia. Y al llegar a Petesburgo, Iván Ilich encontró a Zajar Ivánovich y recibió la promesa en firme de que se le daría un buen cargo en el propio ministerio de Justicia.

Una semana más tarde telegrafió a su mujer: ZAJAR SUSTITUYÓ A MILLER EN LA PRIMERA FIRMA RECIBIRÉ NOMBRAMIENTO.

Gracias a este cambio de personas, inesperadamente, Iván Ilich, obtuvo dentro de su ministerio un cargo que lo colocaba dos categorías por encima de sus compañeros, son cinco mil rublos de sueldo y tres mil quinientos para gastos de traslado. Todo el despecho que sentía contra sus enemigos de antes y contra el ministerio en conjunto fue dado al olvido, e Iván Ilich se consideró plenamente feliz.

Volvió a la aldea alegre y satisfecho como hacía mucho tiempo no se había sentido. También Praskovia Fiódorovna parecía alegrarse y entre ellos se concluyó un armisticio. Iván Ilich contaba lo bien que le habían recibido en Petesburgo, cómo todos los que eran enemigos suyos habían sido humillados y ahora se arrastraban ante él, como envidiaban su situación y, en particular, cómo le querían todos en la capital.

Praskovia Fiódorovna le escuchó haciendo ver que lo creía en todo, no le contradijo en absoluto y se limitó a hacer planes sobre cómo vivirían en la ciudad a la que iban a ser trasladados. Iván Ilich advirtió que estos planes coincidían con los suyos, que de nuevo tenían puntos comunes y que la vida, después de tantos tropiezos, volvía a adquirir el carácter auténtico que le era propicio: iba a ser alegre, agradable y decorosa.

Iván Ilich había vuelto para pasar unos pocos días. El diez de septiembre debía tomar posesión de su cargo; además, se necesitaba cierto tiempo para instalarse en la nueva ciudad, hacer el traslado de la casa, comprar y encargar muchas cosas. En una palabra, debían instalarse tal y como el había decidido en su fuero interno y casi de la misma manera como había sido decidido, en su fuero interno, por Praskovia Fiódorovna.

Y ahora cuando todo se había arreglado tan bien, cuando los fines de ella y de él coincidían y, además, habían pasado cierto tiempo separados, se sintieron tan unidos como nunca lo habían estado desde los primeros años de vida matrimonial.

Iván Ilich quería marchar con la familia inmediatamente, pero los cuñados, que de pronto habían sentido un gran cariño hacia Iván Ilich y su familia, insistieron tanto, que Iván Ilich se fue solo. La alegre disposición de espíritu, derivada del éxito y el buen entendimiento con su esposa (lo uno daba más fuerza a lo otro), no abandonó a Iván Ilich. Encontró un piso encantador, tal y como marido y mujer soñaban. Aposentos amplios y altos de techo, al viejo estilo, un despacho grandioso y cómodo, habitaciones para la mujer y la hija, y otra para los estudios del hijo: todo como si hubiese sido pensado especialmente para ellos. El propio Iván Ilich se encargó de preparar la casa, eligió el papel, adquirió muebles, en particular viejos, que proporcionaban un estilo muy *comme il faut*, y todo fue creciendo hasta plasmarse en el ideal que él había imaginado. Cuando llegó a la mitad de los trabajos, comprendió que la cosa había superado lo que él mismo esperaba. Previó el carácter *comme il faut* elegante y nada vulgar, que adquiriría cuando todo estuviese dispuesto. Al dormirse, se imaginaba cómo iba a quedar la sala. Al mirarla, aun sin haberse terminado la instalación, veía ya la chimenea, la pantalla, la estantería y estas sillitas dispersas, estos platos grandes y pequeños, en las paredes, y estos bronceos que ocuparían su lugar cuando hubiese acabado de ordenarlo todo.

Le alegraba pensar en la sorpresa de Pasha y Lisanka, quienes también entendían en estas materias. No podían esperar de ningún modo. En particular, pudo encontrar y adquirir a bajo precio cosas viejas que daban al conjunto un carácter de singular nobleza. En las cartas a los suyos, a propio intento, lo describía todo inferior a la realidad, para que luego la sorpresa fuese más agradable. Estas cuestiones le ocupaban hasta tal punto, que incluso el nuevo cargo, en una actividad que tanto le satisfacía, le atraía menos de lo que esperaba. Durante las reuniones se quedaba a veces distraído pensando en las cortinas, sobre si convendría hacerlas rectas o recogidas. Le absorbían tanto estas cuestiones, que a menudo

intervenía él mismo en los trabajos, ayudando a colocar los muebles y a poner las cortinas. En una ocasión se subió a una escalera para hacer ver al empapelador, que no acababa de comprenderle, cómo quería que quedase una habitación, y se cayó, pero como era un hombre fuerte y ágil, tuvo tiempo para agarrarse, sin otras consecuencias que un golpe en el costado contra la falleba de la ventana. El dolor producido pasó pronto. Iván Ilich se sentía todo este tiempo muy alegre y en perfecto estado de salud. Era, según escribía a sus familiares, como si le hubiesen quitado quince años de encima. Pensaba terminar en septiembre, pero la empresa no se vio coronada hasta mediados de octubre. En cambio, todo resultaba encantador: no lo decía el sólo, sino que así lo aseguraban cuantos lo veían. En esencia, se trataba de lo mismo que podemos ver en todas las casas de las personas no muy ricas, pero que quieren aparentarlo, y por eso lo único que logran es parecerse entre sí: cortinones, ébanos, flores, alfombras y bronce, tonos oscuros y resplandecientes; todo cuanto las personas de cierta clase hacen por parecerse a todas las personas de cierta clase. En ella resultaba todo tan parecido, que era imposible que no llamase la atención; pero a Iván Ilich le parecía algo muy particular. Cuando recibió a los suyos en la estación del ferrocarril y los llevó a la casa, ya dispuesta y con las luces encendidas, y el lacayo de corbata abrió la puerta del recibimiento, adornado con flores, y los hizo pasar a la sala y al despacho, al oír que ellos lanzaban exclamaciones de placer, Iván Ilich se sintió muy feliz. Les mostró todo, recogiendo sus alabanzas y resplandeciendo de satisfacción. Aquella tarde, cuando a la hora del té le preguntó Praskovia Fiódorovna, entre otras cosas, cómo se había caído, él se echó a reír y describió muy a lo vivo el lance y el susto del empapelador.

- Por algo soy un gimnasta. Otro se habría roto un hueso, pero yo apenas me di un ligero golpe aquí. Cuando me toco me hace daño, pero ya se me está pasando; un simple cardenal.

Y empezaron a vivir en la nueva casa, en la que, como siempre ocurre cuando uno se halla bien instalado, sólo faltaba una habitación; y con nuevos recursos, aunque para sentirse muy bien necesitarían un poco más: con quinientos rublos más se habrían conformado. Las cosas marcharon a la perfección, sobre todo al principio, cuando no todo estaba ordenado y todavía quedaba algo por hacer: ya sea para comprar, ya encargar, ya cambiar, ya arreglar un detalle. Existían ciertas discrepancias entre marido y mujer, pero ambos estaban tan satisfechos y había tanto que hacer, que todo terminaba sin grandes conflictos. Cuando no tuvo nada que perfeccionar, sintieron cierto tedio, como si les faltase algo, pero no tardaron en llegar nuevas amistades y nuevas costumbres, y la vida volvió a adquirir un contenido. Iván Ilich que por las mañanas estaba en la Audiencia, volvía a la casa a la hora de comer, y durante el primer tiempo su disposición de espíritu fue buena, aunque a veces sufría algo, precisamente a causa de su nueva morada: cualquier mancha en el mantel o en la botella del vino, un cordón de las cortinas que se rompiera, le irritaban; había trabajado tanto en la instalación, que le dolía el menor desperfecto. Pero en general, la vida de Iván Ilich transcurría tal y como, según él, debía transcurrir la vida: de manera fácil, agradable y decorosa. Se levantaba a las nueve, tomaba una taza de café, leía el periódico, se ponía el uniforme y se dirigía a la Audiencia. Allí tenía ya preparado el yugo del trabajo. Inmediatamente se sentía uncido. Gentes que venían con distintas peticiones, oficios que llegaban a la oficina, la propia oficina, reuniones públicas y de tipo administrativo. En todo ello era necesario saber apartar aquellas cuestiones de la vida que siempre vienen a turbar la marcha normal de los asuntos judiciales: no podía admitir relación alguna que no fuese la estrictamente oficial, la causa de las relaciones debía ser oficial y las relaciones mismas debían ser sólo oficiales. Por ejemplo, llegaba alguien a preguntar cualquier cosa. Iván

Ilich, como particular, no podía tener la menor relación con esa persona; pero si la relación con esta persona era de tal naturaleza que podía ser expresada en el papel con el encabezamiento debido, dentro de ese marco Iván Ilich hacía todo cuanto podía, todo en absoluto, observando a la vez una semejanza de relaciones humanas de amistad, es decir de cortesía. En cuanto terminaban las relaciones oficiales, terminaba todo. Esta capacidad de separar el aspecto oficial, sin mezclarlo con su vida propia, la poseía Iván Ilich en el mas alto grado, y después de una larga práctica, acompañada de su talento, la había perfeccionado hasta tal punto, que en ocasiones, como un virtuoso, se permitía, medio en broma, mezclar las relaciones humanas y las oficiales.

Se lo permitía porque se sentía con fuerzas para volver a separar, cuando le fuese necesario, lo oficial, dando de lado a lo humano. En Iván Ilich esto resultaba no sólo fácil, agradable y decoroso, sino también artístico. En los intermedios jugaba, tomaba té y charlaba un poco de política, un poco de cuestiones generales, un poco de naipes y, sobre todo, de nombramientos. Y fatigado, pero con el sentimiento virtuoso que ha ejecutado a la perfección su partitura, la de uno de los primeros violines en la orquesta, volvía a su casa. La madre y la hija habían ido de visita o habían recibido a alguien. El hijo estaba en el gimnasio, preparando las lecciones con profesores particulares y aprendía bien lo que en el gimnasio le enseñaban. Todo marchaba a la perfección. Después de la comida, si no había invitados, Iván Ilich, en ocasiones, tomaba un libro del que se hablase mucho, y a la caída de la tarde se dedicaba a sus asuntos, es decir, leía documentos, consultaba códigos, comparaba declaraciones y las colocaba en el marco de la ley. Esto no era ni tedioso ni divertido. Le resultaba tedioso cuando hubiera podido jugar al vint; pero, si no había vint, siempre resultaba preferible a quedarse solo o a hacer compañía a su mujer. Los placeres de Iván Ilich se reducían a pequeñas comidas a las que invitaba a señoras y señores que ocupaban una situación importante en la sociedad, y también a pasatiempos con estas personas que se pareciesen a los pasatiempos ordinarios de quienes poseían un salón semejante a todos los salones.

Una vez llegaron a dar un baile. Iván Ilich se sintió contento y todo resultó bien, aunque ello dio lugar a un trifulca con su mujer a causa de las tartas y los dulces: Praskovia Fiódorovna tenía su plan, pero Iván Ilich insistió en que se tomase todo de una pastelería de lujo y encargó muchas tartas; la trifulca se debió a que sobraron tartas y la cuenta de la pastelería ascendió a cuarenta y cinco rublos. Fue un choque grande y desagradable, hasta el punto que Praskovia Fiódorovna le llamó imbécil y bilioso. Él se llevó las manos a la cabeza y, en el calor del momento, llegó a hablar de divorcio. Pero la fiesta en sí resultó muy bien, Estuvo presente la flor y nata de la sociedad e Iván Ilich bailó con la princesa Trufónova, hermana de la que se había hecho famosa con la fundación de la sociedad “Llévate mi dolor”. Las alegrías dentro de la vida oficial eran alegrías del amor propio; las alegrías sociales eran alegrías de la vanidad. Pero las auténticas alegrías de Iván Ilich eran las que le producía jugar al vint. Reconocía que después de todo, después de cualquier acontecimiento desagradable de su vida, la alegría que, como un punto luminoso, lucía en primer término, era la de sentarse con unos buenos jugadores, con compañeros que supieran guardar silencio, a jugar una partida de vint. Debían ser obligatoriamente cuatro (si eran cinco resultaba muy desagradable, aunque el fingiese lo contrario) y entregarse a un juego inteligente y serio (cuando venían bien las cartas) para luego cenar y tomar un vaso de vino. Y después del vint, sobre todo cuando había ganado algo (ganar mucho no estaba bien), Iván Ilich se acostaba con un estado de espíritu excepcionalmente bueno.

Así es como vivían. El medio que frecuentaban no podía ser mejor; a su casa acudían graves personajes y gente joven.

Con relación a sus amistades, marido, mujer e hija estaban en perfecto acuerdo, y sin necesidad de palabras, se iban desprendiendo de todo género de conocidos y parientes de baja estofa que acudían a ellos, con sus ternezas, al salón de los platos japoneses en las paredes. Estos amigos de categoría inferior cesaron muy pronto de acudir y los Golovín se quedaron con lo más escogido. Los jóvenes hacían la corte a Lisanka, y Petríschev, hijo de Dmitri Ivánovich Petríschev y heredero único de su fortuna, juez de instrucción, empezó a fijarse en ella de tal modo, que Iván Ilich llegó a hablar de esto con Praskovia Fiódorovna, pensando en si convendría llevarlos a dar un paseo en troika u organizar una función benéfica. Así es como vivían. Y todo marchaba, sin cambio alguno, a pedir de boca.

IV

De la salud no se podían quejar. Carecía de importancia el hecho de que Iván Ilich dijese a veces que sentía un extraño sabor de boca y que notaba ciertas molestias en la parte izquierda del vientre.

Pero resultó que estas molestias fueron en aumento y, aunque no llegaba todavía el dolor, le producían una constante pesadez en el costado y una mala disposición de ánimo. Esta mala disposición fue en aumento hasta llegar a turbar la agradable impresión de una vida fácil y decorosa, tal y como se había establecido dentro de la familia Golovín. Marido y mujer reñían cada vez con más frecuencia y pronto desapareció la sensación de agrado, manteniéndose a duras penas el decoro. Las escenas menudeaban cada vez más. De nuevo quedaron sólo unos pocos islotes en los que los esposos podían coincidir sin llegar a la explosión.

Praskovia Fiódorovna decía, y ahora con razón, que su marido tenía muy mal carácter. Con su costumbre de exagerar, afirmaba que siempre había sido así, que sólo gracias a su bondad había podido soportarlo durante veinte años. Bien es verdad que ahora era él el que daba pie a las disputas. Las iniciaba a la hora de sentarse a la mesa, y más concretamente cuando servían la sopa. Ya observaba que un plato había sufrido un pequeño golpe, ya le parecía que la comida no estaba buena, ya el hijo había puesto los codos sobre la mesa, ya era el peinado de la hija. Y la culpa de todo la tenía Praskovia Fiódorovna. Ésta probó a plantarle cara y a decirle inconveniencias, pero en dos ocasiones, en los comienzos de la comida, se puso el tan frenético, que comprendió que se trataba de un estado morboso producido por la ingestión de alimentos, y desde entonces procuró contenerse; no replicaba y procuraba eso sí, dar fin a la comida lo antes posible. Praskovia Fiódorovna consideraba un gran mérito suyo estas muestras de mansedumbre. Llegó a la conclusión de que su marido tenía un carácter horrible y que la había hecho desgraciada, lo que le produjo un sentimiento de conmiseración hacia sí misma. Y conforme la conmiseración iba en aumento, más aborrecía a su marido. Llegó a desear su muerte, pero esto era cosa que no podía ni desearse siquiera, porque entonces se habría quedado sin el sueldo. Y eso aumentaba más todavía su irritación contra él. Se consideraba desgraciadísima precisamente por la circunstancia de que ni siquiera la muerte podría salvarla, y se irritaba, pero trataba de disimularlo, y ésta irritación latente aumentaba su irritación.

Después de una escena en la que Iván Ilich se había mostrado particularmente injusto y a raíz de la cual, al presentar sus excusas, dijo que, en efecto, se sentía muy irritable, pero que esto se debía a la enfermedad, ella dijo que si estaba enfermo debería curarse, y le exigió que acudiera a un famoso médico.

Así lo hizo. Todo resultó tal y como lo esperaba; todo fue tal y como siempre ocurre. La espera, la fingida y doctoral gravedad que tan bien conocía por sí mismo en la Audiencia, las percusiones y auscultaciones, las preguntas que exigen cierto tiempo para ser contestadas y cuyas respuestas son a todas luces inútiles, el imponente aspecto, que parecía decir: “Póngase en nuestras manos y lo arreglaremos todo, tenemos la solución indudable de todo, todo se hace de la misma manera, se trate de quien se trate”. Lo mismo punto por punto, que en la Audiencia. De la misma manera que él procedía con los acusados, procedía con él famoso doctor.

El doctor decía: “Esto y esto indica que dentro de usted hay esto y esto; pero si esto no se ve confirmado por los análisis de lo otro y lo otro, entonces habrá que suponer que usted padece esto y esto, etc.”. Para Iván Ilich había una sola pregunta importante: ¿Era o no era grave lo suyo? Ahora bien, el doctor no quería detenerse en una pregunta tan fuera de propósito. Desde su punto de vista, era superflua y no debía ser tomada en consideración; lo único que existía era un cálculo de probabilidades: el riñón flotante, el catarro crónico y el intestino ciego. No existía el problema de la vida de Iván Ilich, de lo que se trataba era de un conflicto entre el riñón flotante y el intestino ciego. Y este conflicto lo resolvió brillantemente el doctor, ante Iván Ilich, a favor del intestino ciego, con la reserva de que el análisis de orina podía ofrecer nuevas pruebas, y entonces habría que revisar el asunto. Lo mismo, punto por punto, que Iván Ilich había realizado mil veces con los procesados y con idéntica brillantez. No menos brillante fue el resumen del doctor, quien, con la mirada triunfante y hasta alegre, contempló al “procesado” por encima de las gafas. De este resumen, Iván Ilich dedujo que su asunto presentaba mal cariz y, por mucho que dijese el doctor y todos, la cosa era grave. Esta conclusión produjo en Iván Ilich gran lástima hacia su propia persona y gran cólera hacia el doctor, que tal indiferencia mostraba en tan trascendental problema.

Pero no dijo nada de esto, sino que se levantó, puso el dinero sobre la mesa, y exhalando un suspiro, se interesó una vez más:

- Nosotros los enfermos, les hacemos muy a menudo preguntas inoportunas. En general, ¿es peligroso lo mío?...

El doctor se le quedó mirando severamente con un ojo a través de las gafas, como si dijera: “Procesado, si no se ciñe a contestar las preguntas que se le hacen, me veré obligado a hacer que lo saquen de la sala”,

- Ya le he dicho lo que consideraba necesario y oportuno – replicó -. Lo demás nos lo indicará el análisis. –E hizo una inclinación en señal de despedida.

Iván Ilich salió con paso lento, se acomodó abatido en el trineo y se dirigió a casa. Durante todo el camino no cesó de dar vueltas a lo que el doctor había dicho, tratando de traducir sus confusas y nebulosas palabras científicas al lenguaje común y leer en ellas la respuesta a la anterior pregunta: “¿Es grave, es muy grave lo mío, o no es nada todavía? Le pareció que el sentido de cuanto el doctor había dicho era que lo suyo resultaba muy grave. En las calles todo le pareció muy triste. El dolor, aquel dolor sordo que no cesaba ni un solo segundo, parecía adquirir, después de las confusas palabras del doctor, un sentido distinto, más serio. Iván Ilich le prestó atención, ahora con un sentimiento nuevo y más penoso.

Al llegar a su casa empezó a contar a su mujer lo sucedido. Ella le oía, pero en plena explicación entró la hija con el sombrero puesto: ambas se habían hecho el propósito de salir. Haciendo un esfuerzo, la hija se sentó a escuchar aquella lata, pero no aguantó mucho. Tampoco la madre aguantó hasta el final.

- Lo celebro mucho – dijo -; ahora lo que debes hacer es tomar a su hora la medicina. Dame la receta; mandaré a Guerásim a la farmacia. – Y fue a vestirse.

El no respiró tranquilo mientras ella estuvo en la habitación y cuando se hubo ido lanzó un profundo suspiro.

- ¿Qué le vamos a hacer? – dijo -. Es posible que no sea nada todavía...

Empezó a tomar las medicinas y a cumplir las prescripciones del doctor, que cambiaron después del análisis de la orina. Pero este análisis y las prescripciones subsiguientes dieron lugar a cierta confusión. Hasta el doctor era imposible llegar, y resultó que no hacía lo que el doctor le había dicho. O lo había olvidado, o se equivocaba, o le ocultaba algo.

No obstante, Iván Ilich cumplía fielmente cuanto le fue ordenado, y en este cumplimiento, durante el primer tiempo encontró un consuelo.

La ocupación principal de Iván Ilich desde la visita al doctor pasó de ser el cumplimiento exacto de sus prescripciones en lo relativo a las medidas higiénicas, a la toma de medicinas y a la atención que debía prestar al dolor y a todas las funciones del organismo. Su interés se centró en las enfermedades y la salud de la gente. Cuando en su presencia hablaban de enfermos, de muertos, de curados, sobre todo cuando se trataba de una dolencia parecida a la suya, procurando ocultar su agitación, prestaba oído, preguntaba y sacaba consecuencias que aplicaba a su propio caso.

El dolor no disminuía, pero Iván Ilich hacía esfuerzos para obligarse a pensar que se sentía mejor. Y podía engañarse mientras no había algo que le alterase. Pero en cuanto tenía un disgusto con su mujer, o sufría un revés en la Audiencia, o le venían malas cartas en el vint, al instante sentía toda la fuerza de su enfermedad. Antes solía soportar estos contratiempos esperando que de un momento otro enmendaría lo mal hecho, saldría vencedor,

conseguiría un éxito, un verdadero triunfo. Ahora en cambio, el mas pequeño revés le trastornaba y sumía en la desesperación. Se decía: “En cuanto empezaba a restablecerme y la medicina producía su efecto, ha venido esta maldita desgracia, o este disgusto...” Y se irritaba contra la desgracia o contra las personas causantes del disgusto y que tanto le hacían sufrir, y sentía que esta irritación le perjudicaba mucho, pero no podía superarla.

Parecía que debía comprender claramente que esta irritación contra las circunstancias y las personas agravaba su enfermedad, por lo que no debía prestar atención alguna a los accidentes desagradables; pero su razonamiento era diametralmente opuesto: se decía que necesitaba tranquilidad, vigilaba atento cuanto turbaba esta tranquilidad y a la menor alteración se irritaba. Un factor que contribuía a empeorar su situación era que leía libros de Medicina y se aconsejaba con médicos. El empeoramiento se producía de manera tan uniforme, que podía llegar engañarse a sí mismo comparando un día con otro: la diferencia era muy pequeña. Pero cuando se aconsejaba con los médicos, le parecía que iba peor y que se agravaba con gran rapidez. A pesar de todo, no cesaba de recurrir a ellos.

Aquel mes acudió a otra celebridad: la otra celebridad le dijo casi lo mismo que la primera, con la única diferencia de que sus preguntas fueron distintas. También esta vez, el consejo recibido no hizo mas que acentuar las dudas y el miedo de Iván Ilich. El amigo de un amigo suyo, muy buen médico, hizo un diagnóstico completamente distinto, y a pesar de que prometía la curación, con sus preguntas y suposiciones confundió todavía mas a Iván Ilich y aumentó sus dudas. Un homeópata hizo su diagnóstico, diferente, y recetó una nueva

medicina que él, ocultándolo a todos, tomó durante una semana. Pero al cabo de la semana, sin sentir alivio alguno, perdida toda esperanza, en los tratamientos anteriores y en éste último, se sintió aún mas abatido. Una señora conocida le habló de la curación por los iconos. Iván Ilich hizo un esfuerzo por escuchar atentamente y creer la realidad del hecho. Esto le asustó. “¿Es posible que haya llegado hasta tal extremo de debilidad mental? –se dijo- ¡Tonterías! Todo son estupideces; no debo ser aprensivo, debo elegir un médico y atenerme estrictamente a lo que me diga. Así lo haré. Ahora se acabó. No pensaré en nada y hasta el verano cumpliré al pié de la letra lo que me diga. Entonces veremos. ¡Ahora se acabaron las vacilaciones!...Resultaba fácil decirlo, pero cumplirlo era imposible. El dolor del costado le seguía molestando, parecía ir en aumento, no cesaba ni un solo instante; el sabor de boca se le hacía cada vez mas extraño; le parecía que el aliento le olía a algo repugnante, y el apetito y las energías no cesaban de disminuir. Era imposible engañarse: algo terrible, nuevo y tan importante como nunca le había ocurrido en su vida, se estaba produciendo en él. Y únicamente él lo sabía; todos cuantos le rodeaban no comprendían o no querían comprender y pensaban que las cosas seguían como antes. Era lo que mas atormentaba a Iván Ilich. La gente de casa, sobre todo su mujer y su hija, que estaban en plena temporada de visitas, él lo veía, no comprendían nada: se enfadaban de que él se mostrase tan adusto y exigente, como si tuviese la culpa. Aunque trataban de ocultarlo, él veía que para ellas significaba un estorbo, pero que su mujer había adoptado cierta actitud hacia su enfermedad y se atenía a ella al margen de los que él dijera o hiciera. La actitud era como sigue: “Ya lo saben ustedes –decía a las amistades -; Iván Ilich es incapaz de hacer como el resto de los mortales y cumplir estrictamente las prescripciones del médico. Hoy toma sus gotas, observa la dieta y se acuesta temprano; mañana, si no se lo advierto, se olvida de tomarlas, come esturión (que tiene prohibido) y se queda jugando a la cartas hasta la una”.

- ¿Cuándo ha sido? –replicaba Iván Ilich, irritado -. Sólo una vez, en casa de Piotr Ivánovich.
- Y ayer, con Shébek.
- Es lo mismo; el dolor no me dejaba dormir...
- Por lo que sea; pero si sigues así, nunca te pondrás bien ni dejarás de atormentarnos.

Lo que Praskovia Fiódorovna pensaba de la enfermedad de su marido era lo mismo que decía a otras personas y a él mismo: que el culpable era Iván Ilich y toda la enfermedad no significaba más que un nuevo disgusto que le causaba a ella. Iván Ilich sentía que esto no era premeditado, aunque no por ello sintiese el menor alivio.

En la Audiencia, Iván Ilich observaba, o pensaba que observaba, en los que lo rodeaban, esa misma extraña actitud hacia su persona: le parecía que lo miraban como a un hombre que sin tardar mucho iba a dejar vacante su cargo; de pronto, los compañeros empezaban a gastar bromas amistosas sobre su aprensión, como si aquello espantoso y terrible, inaudito, que llevaba dentro de sí, que le chupaba sin cesar y le arrastraba irresistiblemente, fuese el objeto mas agradable para sus bromas.

Schwarz, con su jovialidad, vitalidad y espíritu comme il faut, le recordaban a Iván Ilich a él mismo diez años atrás, le irritaba muy particularmente.

Llegaban los amigos a jugar un partida, se sentaban y repartían las cartas. ¿Qué mas podía desear? Todo se presentaba como para pasar un buen rato. Y de pronto, Iván Ilich sentía ese agudo dolor, ese sabor de boca, y le parecía absurdo que con todo ello pudiera sentir satisfacción alguna.

Miraba a Mijaíl Mijáilovich, su compañero, como golpeaba la mesa con su mano sanguínea, y con deferencia, con un gesto indulgente, se abstenía de recoger las bazas y acercaba las cartas a Iván Ilich para proporcionar a éste el placer de hacer sin el menor esfuerzo, sin alargar mucho la mano. “Cree que estoy tan débil, que no puedo alargar mucho la mano”, pensaba Iván Ilich, olvidando qué palo era el triunfo y matando la baza de su propio compañero, con la pérdida consiguiente. Lo peor de todo era que advertía los sufrimientos de Mijaíl Mijáilovich y no le importaban en absoluto. Y era terrible pensar en la razón de su indiferencia.

Veían que le resultaba muy penoso y le decían: “Si está cansado, podemos dejarlo. Descanse un rato” ¿Descansar? No, no sentía ningún cansancio; terminarían la partida. Todos se mostraban sombríos y taciturnos. Iván Ilich se daba cuenta de que él era la causa de esta melancolía y de que no podía disiparla. Cenaban, se iban y él se quedaba solo, con la conciencia de que su vida estaba envenenada, de que envenenaba la vida de quienes lo rodeaban y de que esto, lejos de debilitarse, penetraba más y más en todo su ser. Y con esta conciencia, con el dolor físico y con una sensación de espanto, tenía que acostarse, y a menudo el dolor casi no le dejaba dormir en toda la noche. Por la mañana debía levantarse, vestirse, ir a la Audiencia, hablar, escribir; y si no hacía todo esto debía permanecer en casa las veinticuatro horas del día, cada una de las cuales era para él un tormento. Y vivir al borde de la muerte debía hacerlo él solo, sin nadie que le comprendiese y compadeciera.

V

Así transcurrió un mes y otro. En vísperas de Año Nuevo llegó a la ciudad el cuñado y se quedó en su casa. Iván Ilich estaba en la Audiencia. Praskovia Fiódorovna había salido de compras. Al entrar en su despacho encontró a su cuñado, un hombre sanguíneo que rebosaba salud, deshaciendo él mismo la maleta. Al oír sus pasos levantó la cabeza y se le quedó mirando un segundo en silencio. Esta mirada reveló todo su pensamiento a Iván Ilich. El cuñado abrió la boca para lanzar una exclamación pero se contuvo. Su gesto volvió a confirmarle todo.

- ¿He cambiado?
- Sí...Noto un cambio.

Y por mucho que Iván Ilich insistiera en el tema, el cuñado eludió la conversación. Llegó Praskovia Fiódorovna y se acercó a verla. Iván Ilich cerró la puerta con llave y se miró en el espejo, de frente y de perfil. Tomó un retrato suyo, con su mujer, y lo comparó con lo que veía en el espejo. El cambio era tremendo. Luego se remangó hasta el codo, miró sus brazos, bajó las mangas, se sentó en la otomana y se quedó más sombrío que una noche oscura.

“Eso no, eso no”, se dijo. Se puso en pie, se acercó a la mesa, tomó un expediente y empezó a leer, pero le resultó imposible. Abrió la puerta y se dirigió a la sala. La puerta estaba entornada. Se acercó de puntillas y se puso a escuchar.

- No, exageras –decía Praskovia Fiódorovna.
- ¿Qué exagero? Tú no lo ves, pero es un muerto; mírale los ojos: no tienen brillo. ¿Pero que es lo que tiene?
- Nadie lo sabe. Nikoláiev – era el otro médico- dijo algo, no lo sé a ciencia cierta. Leschetiski –el doctor famoso- dijo lo contrario...

Iván Ilich se apartó, dirigiéndose a sus habitaciones, se acostó y se puso a pensar: “El riñón flotante, el riñón flotante”. Recordó cuanto le dijeron los médicos de cómo se había desprendido y como flotaba. Con un esfuerzo de imaginación, trató de atrapar este riñón, de detenerlo y sujetarlo; le parecía que era muy poco lo que hacía falta hacer. “No, será mejor que vuelva a ver a Piotr Ivánovich”. (Se trataba del amigo que tenía un amigo médico).

Llamó, ordenó que preparasen el coche y se dispuso a salir.

- ¿A dónde vas, Jean? –le preguntó su esposa con una expresión particularmente triste e inusitadamente bondadosa. Esta inusitada bondad le enfureció. La miró ceñudo.
- Tengo que ir a casa de Piotr Ivánovich.

Marchó a casa del amigo que tenía un amigo médico. Encontró a éste último allí y mantuvo una larga conversación. Después de examinar los detalles anatómicos y fisiológicos de lo que, en opinión del médico, le sucedía, lo comprendió todo.

Tenía una cosita, algo muy pequeño, en el intestino ciego. El asunto tenía arreglo. Si se incrementara la energía de un órgano y se debilitara la actividad de otro, se produciría una reabsorción y todo volvería a la normalidad. A la comida llegó un poco tarde. Comió y charló alegremente, pero durante largo rato no pudo retirarse al despacho para dedicarse a su trabajo. Finalmente se vio libre, y al instante puso manos a la obra. Leía los expedientes, trabajaba, pero la conciencia de que tenía un grave asunto en que pensar y del que se ocuparía cuando hubiese terminado, no le abandonaba. Cuando acabó con los expedientes, recordó que se trataba de lo del intestino ciego. Pero no se dejó ganar por esta idea y se dirigió al salón a tomar el té. Había invitados, se hablaba, tocaban el piano y cantaban. Estaba el juez de instrucción a quien desearían ver como prometido de su hija. Iván Ilich pasó la velada, según Praskovia Fiódorovna, mas animado que de ordinario, aunque ni por un instante llegó a olvidar que tenía aplazados importantes pensamientos sobre el intestino ciego. A las once se despidió de todos y se retiró a sus habitaciones. Desde que empezó la enfermedad dormía solo, en una pequeña pieza junto a su despacho. Se desnudó y tomó una novela de Zola, pero, sin empezar la lectura se puso a pensar. En su imaginación se producía la deseada corrección del intestino ciego. Algo era reabsorbido y eliminado, se restablecía la actividad normal. “Sí, así es –se dijo -. Lo único que hace falta es ayudar a la naturaleza”. Recordó la medicina, se incorporó, la tomó y se echó de espaldas atento a la acción benéfica del medicamento y a cómo acababa con el dolor.

“Hay que tomarlo a sus horas y evitar influencias perjudiciales; ya me siento algo mejor, mucho mejor”. Empezó a palparse el costado sin sentir dolor alguno. “Si, no lo siento; es verdad, estoy mucho mejor”. Apagó la luz y se quedó quieto...” “El intestino ciego se arregla, se reabsorbe”. De pronto sintió el viejo dolor sordo tan conocido, siempre lo mismo, silencioso, serio. Le vino a la boca el desagradable sabor de siempre. El corazón se le oprimió. La cabeza empezó a darle vueltas. “¡Dios mío, Dios mío! –articuló -. Otra vez, otra vez; y esto no se acabará nunca”. Y de súbito la cosa se le apareció en un plano totalmente distinto. “¡El intestino ciego, el riñón! –se dijo- El asunto no reside en el intestino ciego ni en el riñón, sino en la vida y...la muerte. Sí, estaba la vida y se va, se va y no pudo retenerla. Sí. ¿Para que engañarme? ¿Acaso no resulta evidente para todos, menos para mi, que me estoy muriendo y que de lo único que se trata es del número de semanas, de días; que me puedo morir ahora mismo? Era la luz y ahora son las tinieblas. ¡Estaba aquí y ahora voy allá! ¿A dónde?”. Una sensación de frío se apoderó de él. Su respiración se detuvo. Lo único que sentía eran los latidos de su corazón.

“¿Qué me ocurrirá cuando no exista? No pasará nada. ¿Dónde estaré cuando no exista? ¿La muerte? No, no la quiero”. Se puso en pie de un salto, quiso encender la luz, buscó con

manos temblorosas, tiró al suelo la vela con el candelero y de nuevo se dejó caer hacia atrás, sobre la almohada. “¿Para qué? Es lo mismo – se dijo mirando con los ojos abiertos a la oscuridad -. Sí, la muerte. Y ninguno de ellos lo sabe ni quiere saberlo; no les inspiro lástima. Están cantando (se oían, lejanas las voces y los retornelos). Les da lo mismo. ¡Imbéciles! Yo antes y ellos después; también les llegará la vez. Y se divierten. ¡Animales!”. La cólera le sofocaba. Le invadió una insoportable sensación de sufrimiento. No podía ser que todos estuviesen condenados siempre a este horroroso miedo. Se levantó. “Hay algo que no es así. Debo tranquilizarme, debo pensarlo todo desde el principio”. Y empezó a recapacitar. “Sí, al comienzo de mi enfermedad. Me di un golpe en el costado y, sin embargo, seguí lo mismo que antes, entonces y al día siguiente; sentía cierto dolor, que luego fue en aumento; vinieron los doctores, después el abatimiento, la angustia, y otra vez los doctores; y yo seguía acercándome más y más al abismo. Perdía energías. Me he ido acercando, acercando. Y ahora me encuentro en el último extremo; me falta la luz de los ojos. Es la muerte y yo pienso en el intestino. Pienso en la manera de arreglar el intestino y se trata de la muerte. ¿Es en realidad la muerte? De nuevo se sintió dominado por el espanto; jadeante, se inclinó para buscar las cerillas y empujó con el codo la mesilla. Le molestaba y le producía daño. Se enfureció contra ella, empujó con mas fuerza y la tiró al suelo. Desesperado, anhelante, se dejó caer de espaldas esperando que la muerte sobreviniera en aquel mismo instante.

Las visitas se estaban despidiendo. Praskovia Fiódorovna, que había salido al recibimiento, oyó el ruido de la caída y entró a ver que le pasaba.

- ¿Te sucede algo?

- No, nada- La he tirado sin querer.

Ella salió y trajo una vela. Iván Ilich yacía con la respiración fatigosa, como si acabase de recorrer una versta, y con los ojos fijos en los de ella.

- ¿Te pasa algo Jean?

- Na... da. La he ti... ra...do.

“¿Para que decirle nada? No comprendería”, pensó. No comprendió en efecto. Recogió la vela, la encendió y se apresuró salir: necesitaba despedir a los visitantes.

Cuando volvió lo encontró como antes, tumbado de espaldas y mirando el techo.

- ¿Es que te sientes peor?

- Sí.

Ella meneó la cabeza y se sentó en una silla.

- ¿Sabes, Jean? Acaso convendría llamar a Leschetiski para que viniera a verte.

Eso significaba llamar al famoso doctor y no escatimar el dinero de una visita domiciliaria.

El sonrió mordazmente y dijo que no. Ella se quedó un rato, se acercó y le dio un beso en la frente. La aborrecía con todas las potencias de su alma en el momento que le besaba y tuvo que hacer un esfuerzo para no rechazarla.

- ¡Adiós! Dios querrá que puedas dormir.

- Sí.

VI

Iván Ilich veía que se estaba muriendo y se encontraba sumido en constante desesperación. En el fondo de su alma lo sabía, pero no sólo no se había habituado a la idea, sino que, simplemente no lo comprendía, le era imposible comprenderlo.

El ejemplo de silogismo que había estudiado en la Lógica de Kizevértter: “Cayo es hombre, los hombres son mortales, luego Cayo es mortal”, le pareció toda su vida correcto con relación a Cayo, pero no con relación a sí mismo. Se trataba de Cayo como hombre en general, y eso resultaba totalmente justo; pero él no era Cayo ni hombre en general, sino que siempre fue un ser distinto por completo del resto: él había sido Vania con mamá y papá, con Mitia y Volodia, con los juguetes y el cochero, con las niñeras, y luego con Katenka, con todos los entusiasmos, alegrías y dolores de la infancia, la adolescencia y la juventud. ¿Es que para Cayo existió aquel olor de la pelota de cuero que tanto agradaba a Vania? ¿Es que Cayo había besado así la mano de su madre y es que para él había crujió así la seda de los pliegues del vestido de su madre? ¿Es que había armado un motín en la Escuela de Jurisprudencia a causa de ciertos pasteles? ¿Es que Cayo había estado enamorado como él? ¿Es que Cayo pudo presidir una reunión como él lo hacía?.

“Cayo era mortal; en efecto, le correspondía morir; pero, en lo que a mí se refiere, a Vania, a Iván Ilich, con todos mis sentimientos e ideas, es algo distinto. ¡Y ahora salimos con éstas! –se decía -. No puede ser, no puede ser, pero es. ¿Cómo es posible? ¿Cómo hay que entenderlo?”

No podía entenderlo y trataba de ahuyentar esta idea como algo falso, equivocado y morboso, haciendo por recurrir a otras ideas acertadas y sanas. Pero la idea en cuestión no era una simple idea, era como una realidad que volvía de nuevo a él.

Y él invocaba por turno otras ideas en la esperanza de encontrar en ellas un apoyo. Trataba de volver al curso anterior de sus pensamientos, que antes cerraban en él el paso a la idea de la muerte. Pero – cosa rara- todo lo que antes velaba, ocultaba y destruía la conciencia de la muerte, ahora no podía producir ese efecto. Iván Ilich había pasado el último tiempo en estos constantes intentos de restablecer la marcha anterior de sus ideas, que le impedían ver la muerte. Ya se decía: “Me dedicaré a los deberes de mi cargo, lo que constituía mi vida”. Y acudía a la Audiencia, tratando de alejar toda clase de dudas; conversaba con los compañeros y, según su vieja costumbre, se sentaba mirando con ojos distraídos y pensativos a la gente y apoyando las enflaquecidas manos en los brazos del sillón de roble; como de costumbre, se inclinaba hacia un compañero, tomaba el expediente, cambiaba unas frases a media voz y de pronto, levantando la vista e incorporándose, pronunciaba las palabras de rigor y daba comienzo a la reunión. Pero de súbito, en plena sesión, el dolor del costado, sin prestar atención alguna a la marcha del asunto, empezaba la obra. Iván Ilich trataba de olvidarlo, mas el dolor seguía, y ella venía, se detenía frente a él y le miraba; él se quedaba petrificado, se le iba la luz de los ojos y empezaba a preguntarse: ¿Acaso sólo ella es verdad? Y los compañeros y subordinados veían, con asombro y dolor, que un juez tan brillante y sutil como él se equivocaba y cometía errores. Hacía un esfuerzo por serenarse, y, mal que bien, llevaba la reunión hasta el fin. Volvía a casa con la triste convicción de que los asuntos de la judicatura no podían, como antes, ocultarle lo que él quería ver oculto; que estos asuntos no podían librarle de ella. Y lo peor de todo era que ella le requería no para que hiciese algo, sino sólo para que la mirase a los ojos, la mirase sin hacer nada y sufriendo unos tormentos inenarrables.

En busca de salvación, Iván Ilich intentaba hallar consuelo, buscaba otras pantallas, y estas otras pantallas aparecían y durante breve tiempo parecían cumplir su misión, pero a continuación se repetía lo mismo; no era que quedasen destruidas, se trataba mas bien de que se hacían transparentes, como si ella lo atravesase todo y no hubiera barrera alguna que la pudiese detener.

Durante este último tiempo, al entrar en el salón que él había decorado, en aquel salón (resultaba ridículo y penoso pensarlo) al que había sacrificado su vida, porque (lo sabía muy bien) la enfermedad empezó con el golpe que se dio en él, al entrar, veía, por ejemplo, en la barnizada mesa un arañazo. Buscaba la causa y la encontraba en la guarnición de bronce del álbum, que se había doblado por el borde. Tomaba el álbum que le era muy querido, pues lo había arreglado él con amor, y se lamentaba de la negligencia de la hija y los amigos de ésta: ya encontraba algo roto, ya las fotografías estaban colocadas de cualquier manera. Lo ponía en orden con gran celo y enderezaba el borde de la guarnición. Luego se le ocurría pensar que todo este *établissement* del álbum convendría trasladarlo a otro rincón, donde estaban las flores. Llamaba a un criado; pero la hija o la mujer acudían a ayudarlo; ni la una ni la otra se mostraban de acuerdo, se oponían, él discutía y se enfadaba; pero era mejor así, porque no la recordaba, ella no se dejaba ver.

Mas he aquí que la mujer le decía, cuando él mismo trataba de hacer las cosas: “Déjalo, que vengan los criados; te puedes hacer otra vez daño”, y ella se asomaba de pronto al otro lado de la pantalla, la veía. Ella se asomaba por un momento; Iván Ilich esperaba que se ocultaría, pero sin darse cuenta prestaba atención al costado: todo seguía lo mismo, el mismo dolor sordo, y no podía ya olvidarlo, y ella le miraba tras las flores. ¿Para que todo esto?

“¿Será verdad que aquí, en esa cortina, perdí la vida, como si me hubiese lanzado al asalto de una fortaleza? ¿Será posible? ¡Que espantoso y que ridículo! ¡No puede ser! No puede ser, pero es”.

Se retiraba al despacho, se tumbaba y se quedaba de nuevo a solas con ella. A solas y sin que con ella tuviera nada que hacer. Únicamente mirarla y sentir que se quedaba frío.

VII

Resultaba imposible decir cómo ocurrió aquello, al tercer mes de la enfermedad, porque había sucedido paso a paso, de manera imperceptible; pero se había producido lo que la esposa y la hija, y el hijo, y la servidumbre, y los amigos, y los médicos, y lo que era mas importante, él mismo sabían: que todo el interés de los demás hacia él se reducía al problema de cuando dejaría su sitio libre, cuándo libraría a los vivos de las molestias que su presencia causaba y se libraría él mismo de sus sufrimientos.

Cada vez dormía menos; le daban opio y empezaron a inyectarle morfina. Pero esto no le aliviaba. La sorda angustia que sentía al caer amodorrado le calmaba en un principio como algo nuevo, pero luego se le hizo tan penosa o mas todavía que el mismo dolor.

Le preparaban, por prescripción facultativa, comidas especiales; pero esas comidas le resultaban cada vez mas insípidas y repugnantes.

También le construyeron un dispositivo especial para hacer sus necesidades, y cada vez esto representaba para él un suplicio. El suplicio de la suciedad, la inconveniencia y el mal olor, de la conciencia de que otra persona debía estar presente y ayudarlo.

Pero en este asunto, el más desagradable de todos, Iván Ilich encontró consuelo. Siempre acudía a ayudarlo el criado Guerásim.

Este era un mujik joven, limpio, que había engordado con las comidas de la ciudad.

Siempre se mostraba alegre, de buen humor. En un principio, la presencia de este hombre siempre limpio, vestido a la rusa, que cumplía una misión tan desagradable, turbaba a Iván Ilich.

En una ocasión, al levantarse del bacín y sin fuerzas para levantarse los pantalones, se dejó caer en el mullido sillón y se quedó mirando sus muslos desnudos e inermes, con los músculos muy marcados.

Entró Guerásim con sus recias botas altas, de las que se desprendía un agradable olor a betún, con paso ligero y firme, con su limpio mandil y su limpia camisa de satén, con las mangas remangadas, que dejaban ver sus brazos fuertes y jóvenes, y sin mirar a Iván Ilich, procurando volver la vista para no ofender al enfermo con la alegría de vivir resplandeciente en su cara, se acercó al bacín.

- Guerásim – dijo con vos débil Iván Ilich.

El criado se estremeció, asustado por la idea de que hubiera podido hacer algo mal, y con un rápido movimiento volvió hacia el enfermo su cara fresca, bonachona, sencilla, joven, en la que empezaba a crecer la barba.

- ¿Desea algo?

- Pienso que esto te será desagradable. Perdóname. No puedo.

- No faltaba mas. –Y Guerásim le miró con ojos brillantes, mostrando unos dientes blancos y jóvenes -. ¿Por qué no he de hacerlo? Usted está enfermo.

Y con manos fuertes y ágiles hizo su acostumbrada labor y se retiró con suaves pasos.

Cinco minutos después, con la misma suavidad de antes, entró de nuevo. Iván Ilich seguía sentado en el sillón.

- Guerásim – dijo cuando el criado hubo colocado el bacín limpio en su sitio -, por favor, ayúdame, acércate. Levántame. Yo solo no puedo, y he mandado fuera a Dmitri.

Guerásim se acercó. Con sus fuertes brazos, con la misma suavidad con que andaba, lo levantó y sostuvo mientras le subía los pantalones. Quiso volverlo a sentar, pero Iván Ilich le pidió que lo trasladase al diván. Guerásim, sin el menor esfuerzo, como sin apretar, lo llevó casi en volandas y le ayudó acomodarse.

- Gracias. Con que habilidad, que bien... lo haces todo.

Guerásim sonrió de nuevo y quiso retirarse. Pero Iván Ilich se sentía tan a gusto con él, que no quiso dejarlo marchar.

- Mira, acércame esa silla, por favor. No, esa otra; pónmela debajo de los pies. Me siento mejor con los pies en alto.

Guerásim trajo la silla, sin dar el menor golpe la colocó en el suelo y levantó las piernas de Iván Ilich hasta colocarlas como el enfermo deseaba; Iván Ilich creyó que se sentía mejor cuando Guerásim le levantaba las piernas.

- Siento alivio cuando tengo los pies en alto – dijo -. Ponme también ese cojín.

Guerásim hizo lo que le mandaban. De nuevo tuvo que levantarle las piernas. Y de nuevo Iván Ilich se sintió mejor mientras Guerásim las sujetaba entre sus manos. Cuando las bajó le pareció que se sentía peor.

- Guerásim –le dijo -, ¿estás ahora ocupado?

- No, señor – contestó Guerásim, que entre la gente de la ciudad había aprendido a hablar con los señores.

- ¿Te queda algo por hacer?

- ¿Por hacer? Lo he hecho todo, lo único que me queda es cortar leña para mañana.

- ¿Podrías mantenerme las piernas en alto?

- Claro que sí.

Guerásim le levantó las piernas e Iván Ilich tuvo la sensación de que así no sentía dolor alguno.

- ¿Y la leña?

- No se preocupe. Hay tiempo para todo.

Iván Ilich mandó a Guerásim que se sentara y siguiera sujetándole las piernas. Se puso a hablar con él. Y, cosa rara, le pareció que se sentía mejor mientras Guerásim le sujetaba las piernas.

A partir de entonces Iván Ilich tomó la costumbre de llamar de vez en cuando a Guerásim y, mientras hacía que le sostuviera las piernas sobre los hombros, charlaba con él. Guerásim lo hacía con facilidad, de buen grado, con sencillez y una bondad que enternecía a Iván Ilich. La salud, la fuerza, el espíritu animoso de todos los demás era algo que le ofendía; pero la fuerza, el animoso espíritu de Guerásim, lejos de afligirle, contribuían a tranquilizarle.

El suplicio mayor de Iván Ilich era la mentira: la mentira, por todos admitida, de que estaba simplemente enfermo, pero no se moría, y de que lo único que necesitaba era permanecer tranquilo y tomar los medicamentos, y así todo iría bien. El sabía, sin embargo, que, hicieran lo que hiciesen, no resultaría nada más que unos sufrimientos aún más dolorosos y la muerte. Le atormentaba esta mentira, le atormentaba el hecho de que no quisieran reconocer lo que todos sabían y sabía él mismo, sino que quisieran mentirle acerca de su espantosa situación, obligándole a tomar él mismo parte en la mentira.

La mentira, esta mentira de que era objeto en vísperas de su muerte, una mentira que debía reducir el acto solemne y terrible de su muerte al nivel de las visitas, las cortinas, el esturión de la comida... era algo atroz para Iván Ilich. Y cosa rara, en muchas ocasiones, cuando realizaban con él sus maniobras, estaba a punto de decirles: “No mintáis; sabéis, y yo sé, que me estoy muriendo; dejad de mentir al menos”. Pero nunca tuvo el valor de hacerlo. El acto terrible y espantoso de su agonía (lo veía muy bien) había sido reducido por todos cuanto le rodeaban a una simple molestia, cierta falta de decoro (como se miraría a la persona que al entrar en un salón despidiera mal olor), fieles al “decoro” a que él se había subordinado toda su vida; veía que nadie sentía lástima por él, porque nadie quería siquiera comprender su situación. Sólo Guerásim la comprendía y sentía lástima. Por ello Iván Ilich sólo se sentía bien con Guerásim. Se sentía bien cuando éste, a veces durante noches enteras, le sostenía las piernas y no quería irse a dormir, diciendo: “No se preocupe, Iván Ilich, dormiré más tarde”. O cuando de pronto, pasando al tuteo, añadía: “Si no estuvieras enfermo... ¿Por qué no he de atenderte? Guerásim era el único que no mentía, todo denotaba que era el único que se daba cuenta de las cosas y no deseaba ocultarlo, y que sentía lástima por el señor, que languidecía por momentos. Una vez se expresó abiertamente, cuando Iván Ilich quiso mandarlo a dormir:

- Todos hemos de morir. ¿Por qué no he de tomarme ésta molestia? –dijo, dando a entender que el trabajo no le significaba molestia alguna precisamente porque lo hacía para un moribundo y esperaba que, cuando a él le llegase la ocasión habría otro que también lo haría.

Además de esta mentira, o a consecuencia de ella, lo más doloroso para Iván Ilich era que nadie tuviese compasión de él, tal como habría querido; en algunas ocasiones, después de largos suplicios, lo que más deseaba, por mucho que le avergonzase reconocerlo, era que alguien lo tratase con cariño, como si fuese un niño enfermo. Quería que le hicieran caricias, le besasen y llorasen con él como se acaricia y consuela a los niños. Sabía que era un grave personaje de barba entrecana, y por eso era imposible, pero, a pesar de todo, sentía esos deseos.

En las relaciones con Guerásim había algo que se le asemejaba, y por eso estas relaciones le significaban un consuelo. Iván Ilich sentía deseos de lamentarse, de que lo trataran con

cariño, de que llorasen por él; pero llegaba un compañero, Shébek, y él, en vez de llorar y solicitar una caricia, ponía cara seria, severa pensativa, y por inercia manifestaba su opinión sobre el sentido de una sentencia de casación e insistía en defenderla. Esta mentira a su alrededor, y en él mismo era lo que mas envenenaba los últimos días de la vida de Iván Ilich.

VIII

Era por la mañana. Y lo era solamente porque Guerásim se había ido y había llegado el lacayo Piotr, quien, después de apagar la vela, había descorrido una cortina y empezado a hacer la limpieza procurando no armar ruido. Mañana o tarde, viernes o domingo, era igual, todo era lo mismo: el dolor sordo, que no cesaba de atormentarle ni un solo instante; la conciencia de que la vida se va inexorablemente y de que se acercaba, la única realidad, y siempre la misma mentira. ¿Qué importancia podían tener los días, las semanas y las horas del día?

- ¿Desea que le sirva el té?

“Necesita el orden; los señores deben tomar el té por la mañana”, pensó, pero se limitó a decir:

- No.

- ¿Desea que lo traslade al diván?

“Tiene que arreglar el cuarto; yo le molesto, soy la suciedad, el desorden”, pensó, pero se limitó a decir:

- No, déjame.

El lacayo se dedicó a lo suyo. Iván Ilich alargó la mano. Piotr se acercó servicial.

- Desea algo?

- El reloj.

Piotr le entregó el reloj, que estaba allí mismo, al alcance de la mano.

- Las ocho y media. ¿Se han levantado?

- No, señor. Vasili Ivánovich –era el hijo- se ha ido al gimnasio. Praskovia Fiódorovna ha mandado que la despertasen si preguntaba por ella. ¿Desea que lo hagan?

- No, no hace falta. – “Y si probase a tomar un poco de té?”, pensó. – Mira tráeme el té.

Piotr se dirigió a la puerta. Iván Ilich sintió miedo de quedarse sólo. “¿Qué haría para retenerlo? Sí, la medicina”

- Piotr, dame la medicina.

“¿Por qué no? Acaso pueda aliviarme todavía”. Tomó la cucharada de medicina. “No, no servirá para nada. Todo esto era un absurdo, un engaño”, decidió al sentir aquel sabor conocido y empalagoso, desesperado. “No, no puedo creer. Pero el dolor... ¿Para qué el dolor? ¡ Si se aplacase al menos por un minuto!” Y exhaló un gemido. Piotr volvió.

- No, anda. Trae el té.

Piotr se retiró. Al verse sólo, Iván Ilich gimíó de nuevo, no tanto de dolor, aunque era espantoso, como de angustia. “Siempre lo mismo, siempre estos interminables días y noches. Si llegase pronto... ¿Qué es lo que ha de llegar? La muerte, las tinieblas. No, no. ¡Todo antes que la muerte!”

Cuando Piotr volvió con la bandeja del té, Iván Ilich le miró largo rato con ojos extraviados, sin comprender quién era y que quería. Esta mirada le dejó turbado. Y cuando él se turbó, Iván Ilich recobró la noción de las cosas.

- Sí, -dijo- el té... Está bien, déjalo. Ayúdame antes a lavarme y dame una camisa limpia. Iván Ilich, deteniéndose de vez en cuando para descansar, se lavó las manos y la cara, se limpió los dientes, se peinó y miróse al espejo. Le dio miedo, sobre todo, la manera como el pelo se quedaba pegado a la pálida frente.

Cuando le ayudaron a cambiarse de camisa, sabía que su miedo sería todavía mayor si miraba su cuerpo, por lo que trató de no hacerlo. Todo terminó por fin. Se puso el batín, se cubrió las piernas con la manta y sentóse en el sillón para tomar el té. Durante cosa de un minuto se sintió mejor, pero en cuanto empezó tomar el té advirtió el mismo sabor de siempre, el mismo dolor. Hizo un esfuerzo para apurar el vaso y se acostó, estirando las piernas. Ya acostado, despidió a Piotr.

Siempre lo mismo. Ya brillaba una gota de esperanza, ya se alborotaba el mar de la desesperación, y siempre el dolor, siempre el dolor, siempre la angustia, siempre lo mismo. Cuando uno se encuentra solo, siente una angustia terrible, quiere llamar a cualquiera, aunque de antemano sabe que si viene alguien se encontrará peor todavía. “Si por lo menos me inyectasen morfina, me quedaría amodorrado. Diré al doctor que discurra algo. Así es imposible, imposible”.

Así pasa una hora, y otra. Pero la campanilla suena en el recibimiento. En efecto es el doctor, lozano, animoso, rollizo, alegre; su expresión parece decir: “De seguro que han equivocado algo; ahora lo arreglaremos”. El doctor sabe que esta expresión no cuadra aquí, pero tan acostumbrado está a ella, que no la puede dejar, como la persona que se pudo por la mañana el frac y se dedicó a hacer una visita tras otra.

El doctor se frota las manos, animoso y consolador.

Estoy helado. Hace un frío tremendo. Deje que entre en calor –dice con la expresión de que basta esperar un poco a que entre en calor y, cuando lo haya conseguido, lo arreglará todo.

- Y bien, ¿qué tal?

Iván Ilich, comprende que el doctor quiere preguntar: “¿Qué tal las cosas?”, pero que se da cuenta de que no es posible hablar así y por eso dice: “¿Cómo ha pasado la noche?”

Iván Ilich mira al doctor con expresión interrogativa: “¿Es que nunca te va a dar vergüenza mentir así?” Pero el doctor no quiere comprender la pregunta. E Iván Ilich dice:

- Como siempre; algo espantoso. El dolor no cesa, no cede. ¡Si me diera algo!
- Sí, los enfermos siempre son lo mismo. ¡Ea!, creo que ya se me han calentado las manos; ni siquiera la escrupulosa Praskovia Fiodórovna tendría nada que objetar contra mi temperatura. ¡Buenos Días!

Y el doctor le estrecha la mano. Seguidamente, abandonando toda su jovialidad, con serio aspecto, procede a reconocer al enfermo, le toma el pulso y la temperatura, empiezan las percusiones y auscultaciones.

Iván Ilich, sabe de manera firme y segura que todo esto no es mas que un absurdo y un simple engaño, pero cuando el doctor, puesto de rodillas, se extiende hasta el, acercando el oído ya mas arriba, ya mas abajo, y efectúa con suma gravedad diversas evoluciones gimnásticas, se deja arrastrar lo mismo que en otro tiempo se dejaba llevar por los discursos de los abogados, a pesar de estar convencido de que todos ellos mentían y sabía el porque de sus mentiras.

De rodillas sobre el diván, el doctor seguía con sus percusiones cuando en la puerta de oyó el frufrú del vestido de seda de Praskovia Fiodórovna y su reproche a Piotr por no haberle anunciado la llegada del médico.

Ella entra, da un beso a su marido y a continuación asegura que llevaba mucho rato levantada y sólo por una confusión no se encontraba presente cuando el doctor llegó.

Iván Ilich la mira, la examina de arriba abajo y le echa en cara su blancura, la suavidad y limpieza de sus manos y su cuello, el lustre de su pelo y el brillo de sus ojos, rebosantes de vida. Su contacto le hace sufrir, le produce una oleada de odio.

Su comportamiento hacia él y su enfermedad sigue siendo el mismo. Igual que el médico que ha adoptado una actitud hacia los enfermos y ya no puede prescindir de ella, su mujer ha adoptado una actitud concreta hacia él (no hace algo de lo que debe, él mismo tiene la culpa, y se lo reprocha amorosamente) y ya no puede cambiarla.

- ¡No hace caso! No toma las medicinas a su hora. Y sobre todo, se acuesta en una posición que de seguro le perjudica, con los pies en alto.

Y contó como obligaba a Guerásim a mantenerle las piernas en alto. El doctor sonió entre cariñoso y despectivo: “¿Que le vamos a hacer? Los enfermos discurren a veces esas estupideces, pero lo podemos perdonar”.

Terminado el reconocimiento, el doctor miró el reloj y entonces Praskovia Fiodórovna anunció a Iván Ilich que, aunque él no lo quisiera, había llamado al famoso doctor, quien con Mijail Danilovich (así se llamaba el médico de cabecera), lo reconocería de nuevo y examinarían juntos el caso.

- No te opongas por favor. Lo hago por mí –Dijo en tono irónico, dando a entender que todo lo hacía para él y con ésta argucia le privaba del derecho a la negativa.

El calló y arrugó el ceño. Sentía que la mentira que le rodeaba se había hecho tan densa, que resultaba difícil entender nada en absoluto. Todo lo que a él se refería lo hacía sólo por ella, y así se lo decía, resultando que hacía por ella unas cosas tan inverosímiles, que él debía entenderlo en sentido contrario.

Efectivamente, a las once y media llegó el famoso doctor. Se reanudaron las auscultaciones y los graves diálogos en su presencia y en otra habitación acerca del riñón y el intestino ciego, con preguntas y respuestas hechas en tal tono, que de nuevo, en vez del problema real de la vida y la muerte, el único ya que le interesaba a él, se planteaba el problema del riñón y el intestino ciego, que no se comportaban como debían, por lo que iban a sufrir el asalto de Mijail Danilovich y de la eminencia, que ellos los obligaron a corregirse.

El famoso doctor se despidió con aire grave, pero no desesperado. A la tímida pregunta que Iván Ilich le hizo, con los ojos brillantes de miedo y esperanza levantados hacia él, acerca de si había alguna posibilidad de cura, contestó que no podía asegurarlo, pero la posibilidad existía. La mirada de esperanza con que Iván Ilich despidió al doctor era tan lastimera, que al verla Praskovia Fiodórovna rompió en sollozos al salir del despacho para entregar a aquella eminencia sus honorarios.

El optimismo que las esperanzas del doctor le habían infundido no duró mucho. De nuevo la misma habitación, los mismos cuadros y cortinas, el mismo papel de las paredes, los mismos frescos y el mismo cuerpo suyo, sufriente y doliente. Iván Ilich empezó a gemir; le pusieron una inyección y quedó amodorrado.

Cuando recobró la noción de las cosas, empezaba a oscurecer. Le trajeron la comida. Tomó con gran esfuerzo un poco de caldo y de nuevo lo mismo, de nuevo empezó la noche.

Después de la comida, a las siete, entró Praskovia Fiodórovna, muy ataviada, con los gruesos pechos muy altos y huellas de polvos en la cara. Ya por la mañana le había recordado que irían al teatro. En la ciudad estaba Sarah Bernhardt y tenían un palco que él había insistido en que lo reservaran. Lo había olvidado, y su elegante vestido le ofendió.

Pero disimuló su enojo al recordar que el mismo había porfiado en lo del palco, porque para los hijos se trataba de un placer estético y educativo.

Praskovia Fiodórovna entró satisfecha de sí misma, pero como si se sintiera culpable. Tomó asiento y le preguntó como se sentía; el mismo vió que lo hacía sólo por preguntar, no para enterarse de algo, sabiendo que no podía enterarse de nada. Y empezó a hablar de lo que ella sentía necesidad: no habría ido por nada del mundo, pero el palco había sido tomado; iban Elen, su hija y Petríschev (el juez de instrucción novio de la hija), por lo que era imposible dejarlos solos. Le resultaría mucho mas agradable quedarse con él, Pero eso sí debería hacer todo cuanto el doctor había mandado.

También Fiódor Petróvich –el novio- quería entrar. ¿Puede hacerlo? Y Lisa.

- Que pasen.

Entró la hija muy emperifollada, mostrando su joven cuerpo desnudo, aquel cuerpo que tanto le hacía sufrir. Y ella lo mostraba. Fuerte, sana, enamorada a todas luces e indignada contra la enfermedad, los sufrimientos y la muerte que se oponían a su felicidad.

Entró Fiódor Petróvich de frac, peinado a la Capoul, con el largo y nervudo cuello cañido por blanca corbata, su enorme pechera blanca, y los robustos muslos embustidos en estrechos pantalones negros. Llevaba un programa en la mano calzada en guante blanco.

Tras él se deslizó furtivamente el estudiante del gimnasio, con su uniforme nuevo, el pobre, con guantes y unas terribles ojeras, la significación de las cuales conocía Iván Ilich.

Siempre le había inspirado lástima su hijo. Y su mirada asustada y compasiva era terrible.

A Iván Ilich le parecía que, excepto Guerásim, Vasia era el único en comprender y apiadarse de su salud. Se produjo un silencio. Lisa preguntó a su madre por los gemelos y hubo un altercado entre madre e hija acerca de quien era el culpable del extravío. Resultó algo desagradable.

Fiódor Petróvich preguntó a Iván Ilich si había visto a Sarah Bernhardt. Iván Ilich no comprendió al principio la pregunta; luego dijo:

- No, ¿y Usted?

- Sí, en Adrienne Lecouvreur.

Praskovia Fiodórovna dijo que lo mejor de la actriz era esto y lo otro. La hija discrepó. Empezó una conversación, la eterna conversación de siempre.

En plena conversación, Fiódor Petróvich miró a Iván Ilich y se quedó callado. Lo mismo les pasó a los otros. Iván Ilich miraba ante sí con ojos brillantes y muestras evidentes de irritación contra ellos. Era preciso salir de aquella situación, pero resultaba imposible.

Había que cortar de cualquier modo el silencio. Nadie se decidía y todos se sintieron violentísimos ante la perspectiva de que de pronto se turbase la decorosa mentira y todos viesan claramente lo que estaba ocurriendo. Lisa fue la primera en decidirse a romperlo.

Quería disimular lo que todos sentían, pero se le escapó:

- Sin embargo, sí hay que ir, ya es hora –dijon mirando el reloj, regalo del padre, y mientras dirigía al joven una sonrisa apenas perceptible, pero significativa, cuyo sentido nadie podía conocer, se puso en pie haciendo crujir el vestido.

Todos se levantaron, se despidieron y fuéronse al teatro.

Cuando hubieron salido, Iván Ilich tuvo la sensación de que se sentía mejor: la mentira no estaba allí, se había ido con ellos, pero el dolor había quedado. El dolor de siempre y el miedo de siempre hacían que nada pudiese ser peor ni mejor. Todo era lo peor.

De nuevo pasaron un minuto tras otro, una hora tras otra, siempre lo mismo, siempre sin fin; y cada vez mas terrible, el fin inevitable.

- Sí, venga Guerásim –contestó a la pregunta de Piotr.

IX

Ya muy tarde volvió su mujer. Entró de puntillas, pero él la oyó; abrió los ojos y se apresuró a cerrarlos. Ella quería hacer salir a Guerásim y quedarse con él, pero Iván Ililch abrió los ojos y dijo;

- No. Vete.
- ¿Sufres mucho?
- No tiene importancia
- Toma opio

El se mostró conforme y tomó unas gotas. Ella se retiró.

Hasta las tres se encontró sumido en una dolorosa modorra. Le pareció que le metían en un estrecho saco negro, muy profundo, y que no acababan de meterlo. Este acto, tan terrible para él, le hacía sufrir. Tenía miedo, no quería caer allí, se resistía. Y de pronto el saco se rompió, él cayó fuera y volvió en sí. Guerásim seguía sentado a los pies de la cama y dormitando tranquilamente, con la paciencia de costumbre. Él yacía apoyando sobre los hombros del criado las enflaquecidas piernas embutidas en las medias; y había el mismo candelero con su pantalla, el mismo dolor que no cesaba nunca.

- Vete Guerásim –murmuró.
- No importa, me quedaré otro rato.
- No, vete.

Retiró las piernas, se echó de lado, sobre el brazo, y sintió que le invadía una oleada de conmiseración de sí mismo. Apenas hubo salido Guerásim a la habitación vecina, sin poderse contener, rompió a sollozar como un niño. Lloraba pensando en su impotencia, en su horrible soledad, en la crueldad de los hombres, en la crueldad de Dios, en la ausencia de Dios.

“¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué me has conducido hasta aquí? ¿Por qué, por qué me atormentas tan espantosamente?..

No esperaba respuesta y lloraba porque no podía haberla. El dolor se acentuó de nuevo, pero él no se movió, no llamó a nadie. Se decía: ¡”Aprieta mas, mas! Pero, ¿por qué? ¿Qué te ha hecho? ¿Por qué?

Luego se calmó y cesó no sólo de llorar, sino también de respirar; todo él se hizo atención: parecía como si escuchase no una voz expresada en sonidos, sino la voz del alma, la marcha de los pensamientos que en él se levantaban.

-¿Qué necesitas? –fue el primer concepto claro, capaz de ser traducido a palabras, que escuchó-, ¿Qué necesitas? ¿Qué te hace falta? –se repitió- No sufrir; vivir –contestó el mismo; y de nuevo se entregó por completo a una atención tan tensa, que ni siquiera el dolor era capaz de disipar.

-¿Vivir? ¿Vivir cómo? –preguntó la voz del alma.

-Sí, vivir como vivía antes: bien, de una manera agradable.

-¿Cómo vivías antes, bien, de una manera agradable –preguntó la voz. Y él empezó a repasar los mejores momentos de su vida agradable. Pero, cosa extraña, los mejores momentos de su vida agradable le parecían ahora completamente distintos a como entonces los imaginara. Todo menos los primeros recuerdos de la infancia. Allí, en la infancia, había algo realmente agradable que, en caso de volver, podía proporcionar un sentido a la vida. Pero el ser que había experimentado esta sensación agradable ya no existía: era como el recuerdo de otra persona.

En cuanto empezaba aquello que condujo a lo que ahora era, a Iván Ilich, todas las aparentes alegrías de entonces se esfumaban a ojos vistas y se convertían en algo insustancial, repugnante a menudo.

Y cuanto más se apartaba de la infancia y se acercaba al presente, mas minúsculas y dudosas eran las alegrías. Esto empezaba en la escuela de Jurisprudencia. Allí había aún algo realmente bueno: había alegría, había amistad, había esperanzas. Pero en los cursos superiores los momentos buenos eran ya mas escasos. Luego, durante los años de su primer cargo con el gobernador, volvían a aparecer momentos buenos: eran los recuerdos de amor a la mujer. Más tarde, todo esto se confundía y lo bueno se hacía cada vez mas escaso. Y, conforme avanzaba, lo bueno disminuía, disminuía.

La boda, la súbita desilusión, el olor de la boca de su mujer, la sensualidad, el fingimiento. Y este trabajo muerto, y estas preocupaciones por el dinero, y así un año, y dos, y veinte, y siempre lo mismo. Y conforme el tiempo avanzaba, mas muerto era todo.

“Me deslizaba cuesta abajo y me imaginaba que iba cuesta arriba. Así fue. En la medida en que, en opinión de la gente, iba en ascenso, la vida escapaba bajo mis pies...Y ahora estoy listo, ¡puedo morirme!”

“¿Qué quiere decir esto? ¿Para que? No puede ser. Resulta imposible que la vida sea tan absurda y repulsiva. Y, si es así, ¿para que morir, y morir entre sufrimientos? Aquí hay algo que marcha mal.”

“¿Es que no he vivido como debiera?”, se le ocurrió.

“Pero como ha podido ser, si hice todo conforme debía?”, se dijo, y al instante rechazó, como algo totalmente imposible, la única solución de todo el enigma de la vida y la muerte. ¿Qué quieres ahora? ¿Vivir? ¿Vivir, cómo? ¿Vivir como ahora vives en la Audiencia, cuando el ujier anuncia: “¡En pie, entra el tribunal!... “Entra el tribunal, entra el tribunal”, repitió, pensando en él mismo. ¡Aquí está el tribunal! “Pero yo no tengo la culpa”, exclamó colérico.”¿Por qué?” y cesó de llorar, se volvió de cara a la pared y se puso a pensar en lo mismo: “¿Para que, por qué todo este horror?”

Mas, por mucho que pensase, no encontró respuesta. Y cuando le venía a la cabeza, como con frecuencia ocurría, la idea de que todo era debido a que había encauzado mal su vida, rememoraba la rectitud de su vida entera y rechazaba esta extraña idea.

X

Pasaron otras dos semanas. Iván Ilich ya no se levantaba del diván. No quería permanecer en la cama y no abandonaba el diván. Casi de continuo de cara a la pared, sufría a solas el padecimiento de siempre y pensaba a solas en el mismo problema, al que no hallaba solución. “¿Qué es esto? ¿De veras que es la muerte?”. Una voz interior contestaba: “Si, es cierto” “¿para que éste sufrimiento? Y la voz contestaba: “Para nada”. Mas allá no iba. Desde el comienzo mismo de la enfermedad, desde la primera vez que Iván Ilich acudió al doctor, su vida había escindido en dos estados de espíritu opuestos que se sucedían uno a otro: ya era la desesperación y la espera de una muerte incomprensible y horrorosa, ya la esperanza y la observación, rebotante de interés, de la actividad de su cuerpo. Ya surgían ante sus ojos el riñón o el intestino, que de momento se negaban a cumplir sus obligaciones, ya era la muerte horrorosa e incomprensible, a la que de ningún modo podía escapar.

Éstos dos estados de espíritu se sucedían desde el comienzo mismo de la enfermedad; pero conforme ésta avanzaba, más dudosas y fantásticas se hacían las consideraciones sobre el riñón y más real era la coincidencia de la inminencia de la muerte.

Bastaba recordar lo que era tres años antes y lo que ahora era; recordar cómo se había deslizado cuesta abajo, para que quedase destruída la menor posibilidad de esperanza. En el último tiempo de aquella soledad en que se encontraba, echado de cara hacia el respaldo del diván, de aquella soledad en que se hallaba en una ciudad populosa, entre numerosos amigos y en el seno de la familia, una soledad como no puede haberla en ningún sitio, ni en el fondo del mar ni sobre la tierra, en el último tiempo de esta espantosa soledad, lo único que alimentaba la vida de Iván Ilich eran los recuerdos del pasado. Uno tras otro surgían ante él los cuadros de épocas pretéritas. Empezaba siempre con el pasado más próximo y acababa con el más remoto, en la infancia. Si Iván Ilich recordaba la compota de ciruela que acababan de ofrecerle, su recuerdo pasaba a las arrugadas ciruelas francesas de su infancia, de su especial sabor y de la abundante saliva segregada al llegar al huevo, y junto a este recuerdo del sabor venía toda una serie de recuerdos de aquél tiempo: la niñera, el hermano, los juguetes. “Esto no, es demasiado doloroso”, se decía Iván Ilich, y de nuevo se transportaba al presente. El botón del respaldo del diván y las arrugas del cuero. “Es un cuero de mucho precio, pero poco sólido; fue motivo de una disputa cuando rompimos la cartera de nuestro padre y nos castigaron, y mamá nos trajo pastelillos”. Y de nuevo se detenía en la infancia, y de nuevo Iván Ilich experimentaba una sensación dolorosa, trataba de ahuyentar éstas ideas y pensar en otra cosa.

Y de nuevo, junto a esta marcha de sus recuerdos, en su alma se sucedían otros recuerdos distintos: cómo la enfermedad había ido en aumento. Era lo mismo: conforme se alejaba del presente, había más vida. Había más bien en la vida y había más vida en sí. Lo uno y lo otro se fundían. “Conforme el dolor ha ido en aumento, toda la vida ha ido de mal en peor”, pensaba. Había un punto luminoso allí, atrás, en el comienzo de la vida, y luego todo era más y más negro, y se sucedía con mayor y mayor rapidéz. “Inversamente proporcional al cuadrado de las distancias de la muerte”, pensaba Iván Ilich. Y esta imagen de la piedra que cae cuesta abajo a creciente velocidad se le metía en el alma. La vida, la serie de torturas en aumento, vuela más y más rápida conforme se acerca al fin, al más terrible dolor. “Caigo rodando..” Se estremecía, se removía, quería oponerse; pero sabía que la resistencia era imposible, y de nuevo, con ojos cansados de mirar, pero que no podían menos que mirar lo que ante ellos había, miraba al respaldo del diván, y esperaba, esperaba la fatal caída, el golpe y la destrucción. “Oponerme es imposible –se decía- Si al menos pudiera comprender para que es todo esto....Pero ni siquiera eso es posible. Podría encontrar explicación si admitiese que no he vivido conforme debiera. Pero eso ya era imposible admitirlo”, se decía sonriendo con los labios, como si alguien pudiera ver su sonrisa y ser engañado por ella. “¡No hay explicación! Los dolores, la muerte....¿Para qué?

XI

Así transcurrieron dos semanas. En éste tiempo se produjo el acontecimiento que tanto habían deseado Iván Ilich y su esposa: Petrishev pidió formalmente la mano de su hija. Esto ocurrió por la tarde. Al día siguiente, Praskovia Fiódorvna entró en la habitación del marido, pensando en la manera de anunciárselo, pero aquella misma noche Iván Ilich se

había sentido peor. Praskovia Fiódorovna lo encontró en el diván de siempre, pero ya en una nueva posición. Yacía boca arriba, sin cesar de gemir y con la mirada fija.

Empezó a hablarle de las medicinas. Él desvió la mirada hacia ella, ue no pudo acabar la frase: tal era el rencor que aquella mirada expresaba.

-Por Cristo te lo pido, déjame morir tranquilo –dijo.

Ella quiso retirarse, pero en aquél momento entró la hija, que se acercó a saludarle. La miró lo mismo que había mirado a la madre, y a sus preguntas de cómo se encontraba, contestó secamente que no tardaría en librar a todos de su presencia. Ambas callaron, estuvieron unos instantes sentadas y se fueron.

-¿Qué culpa tenemos tu y yo? –dijo Lisa a su madre- ¡Como si lo hubiésemos hecho nosotras! Me da lástima papá, pero ¿porqué nos atormenta?

A la hora de costumbre llegó el doctor. Iván Ilich contestó a sus preguntas con monosílabos –“sí”, “no”,- sin apartar de él una mirada rencorosa. Al final dijo:

-Sabe que no hay remedio; déjeme pues.

-Podemos aliviar el dolor –replicó el médico.

-Ni siquiera eso, déjeme.

El Doctor salió al salón y explicó a Praskovia Fiódorovna que lo encontraba muy mal y que sólo había un recurso, el opio, para aliviar los dolores, que debían ser espantosos.

Sus sufrimientos morales consistían en que aquella noche, al mirar la cara somnolienta, bondadosa, de pómulos salientes, de Guerásim, se le había ocurrido de pronto: “En realidad, toda mi vida, mi vida consciente, ha sido un engaño”.

Se le ocurrió que lo que antes parecía completamente imposible, que su vida se hubiera desenvuelto por causas equivocados, podía ser verdad. Se le ocurrió que las veleidades, apenas perceptibles, de luchar contra lo que los personajes mas encumbrados consideraban bueno, que al instante se esforzaba en expulsar de si, podían ser lo auténtico, y que todo lo demás podía no serlo. El cargo, la menera como había organizado su vida, la familia y aquellos intereses de la sociedad, y la profesión, todo esto podía ser algo distinto y secundario. Trató de defenderlo ante sí mismo. Y de pronto advirtió toda la debilidad de lo que defendía. Y no había nada que defender.

“Si esto es así –se dijo- y me voy de la vida con la conciencia de que destruí cuanto se me había dado, entónces, ¿qué? Se tumbó de espaldas y se puso y se puso a repasar de un modo nuevo toda su vida. Cuando por la mañana vió al lacayo, luego a su esposa, luego a su hija y luego al doctor, cada uno de sus gestos, cada una de sus palabras venían a confirmar la verdad que por la noche había descubierto. En ellos se veía que todo es era una equivocación, un enorme y horrible engaño que no dejaba contemplar la vida ni la muerte. La conciencia de que esto era asi incrementaba, decuplicaba sus sufrimientos físicos. Gemía, se agitaba y trataba de despojarse de la ropa. Le parecía que la ropa le sofocaba y aplastaba. Y esto le ahcía sentir odio hacia ellos.

Le dieron una fuerte dosis de opio y quedó amodorrado, pero a la hora de la comida empezó de nuevo. Mandó salir a todos; no cesaba de dar vueltas.

Acudió su mujer y le dijo:

-Jean, querido, hazlo por mi –“¿Por mí?”, pensó él-.

No te causará ningún daño, y a menudo alivia. No significa nada- Y la salud a menudo...

El abrió mucho los ojos.

-¿Qué? ¿Comulgar? ¿Para que? ¡No hace falta! Aunque, por lo demás....

Ella rompió a llorar.

-¿Sí, amigo mío? Avisaré a nuestro sacerdote; es tan agradable.....

Cuando llegó el sacerdote y se hubo confesado, pareció enternecerse, sintió como un alivio en sus dudas y, a consecuencia de ello, un alivio de sus sufrimientos, y esto le produjo una esperanza momentánea. De nuevo empezó a pensar en el intestino ciego y en la posibilidad de arreglarlo. Tomó la comunión con lágrimas en los ojos. Cuando después de esto lo llevaron a la cama, por un minuto se sintió más aliviado y de nuevo apareció la esperanza. Empezó a pensar en la operación que le proponían. “Quiero vivir, vivir” se decía. Su esposa llegó para felicitarle; dijo las palabras de rigor y añadió

-¿Verdad que te encuentras mejor?

Él sin mirarla articuló:

-Sí.

La ropa de ella, su complexión, la expresión de su cara, el sonido de su voz, todo le decía lo mismo: “No es eso. Todo cuanto fue y es tu vida, es mentira, es un engaño que te impide ver la vida y la muerte”. Y nada más pensarlo se levantó en él el odio, y con el odio los dolorosos sufrimientos físicos, y con los sufrimientos la conciencia del fin inevitable y próximo. Se produjo algo nuevo: algo se retorció dentro de él haciendo difícil su respiración

La expresión de su cara cuando dijo “Sí” era espantosa.

Después de pronunciar este “Sí” mirándola a la cara, se volvió con extraordinaria rapidéz, atendida su daebilidad, y gritó:

-¡Marchaos, marchaos, dejadme solo!

XII

En este momento empezó aquel grito que duró tres días consecutivos, un grito tan horrible, que dos habitaciones más allá ya producía espanto. En el momento que contestaba a su mujer comprendió que era hombre perdido, que no había vuelta atrás, que había llegado el fin último, que la duda no había sido resuelta y que seguía planteada a él.

“¡Oh!, ¡oh!, ¡oh!”, vociferaba en diferentes tonos. Empezaba a gritar: “No quiero!” y así seguía, alargando la última “o”.

Durante éstos tres días, a lo largo de los cuales no existió para él el tiempo, se estuvo revolviendo en aquel saco negro en que lo metía una fuerza inevitable e insuperable. Se debatía como se debate en manos del verdugo el condenado a muerte, sabiendo que no había salvación; y a cada minuto se daba cuenta de que, a pesar de todos sus esfuerzos para oponerse, se acercaba más a aquello que le horrorizaba. Le atormentaba asomarse a aquel agujero negro, y todavía más el hecho de que no pudiera entrar en él. Se oponía a ello la aceptación de que su vida había sido buena. Esta justificación de su vida que se aferraba sin dejarle ir adelante, era lo que más le atormentaba. De pronto, una fuerza le empujó contra el pecho y el costado, dificultando su respiración; él cayó en el agujero y allí en el fondo, se iluminó algo. Tuvo la misma sensación que uno tiene cuando va en un vagón de ferrocarril y piensa que avanza, cuando en realidad retrocede y, de pronto, se da cuenta de cuál es la verdadera dirección.

“Sí, todo era equivocado –se dijo-, pero no importa. Se puede, se puede hacer “lo otro”.

¿Qué es “lo otro”?”, se preguntó, y de pronto quedóse sosegado.

Esto era el final del tercer día, una hora antes de su muerte. En este mismo instante el hijo se acercó sigilosamente a la cama del padre. El moribundo seguía gritando y moviendo

desesperadamente los brazos. Su mano tropezó con la cabeza del muchacho. Éste la cogió, se la llevó a los labios y rompió a llorar.

Coincidiendo con ello, Iván Ilich cayó en el agujero, vió la luz y se le reveló que su vida había sido una equivocación completa, pero que aún había tiempo para rectificar. Se preguntó que era “eso” y se calmó, prestando atención.

Entónces sintió que alguien besaba su mano. Abrió los ojos y miró a su hijo. Sintió lástima de él. Su esposa se acercó. La miró. Ella le miraba con la boca entreabierta y con lágrimas, que no se preocupaba de enjuagar, en la nariz y en las mejillas, con una expresión desesperada. Esto le produjo pena.

“Sí, los atormento, -pensó-. Me dan lástima, pero se encontrarán cuando me muera”. Quiso decirlo así, mas no tuvo fuerzas para articular las palabras. Señaló con la mirada al hijo y pidió a su esposa:

-Llévatelo... Me da pena... Y tú... -quiso añadir “perdóname”, pero le salió algo confuso y, sin fuerzas para aclararlo, hizo un ademán de renuncia, sabiendo que sería comprendido. Y de pronto se le hizo claro que lo que le abandonaba y no acababa de salir, brotaba de golpe de dos sitios, de diez, de todas partes. Sentía lástima de ellos; había que hacer algo para evitar su aflicción. Para evitar los sufrimientos de ellos y de él mismo. “¡Que bien, y que sencillo! -pensó- ¿y el dolor? -se preguntó-. A ver, dolor ¿dónde estás?. Prestó atención. “Sí, ahí está. No importa, que siga”. “¿Y la muerte? ¿Dónde está la muerte? Buscaba sin poderlo encontrar, su anterior y habitual miedo a la muerte. “¿Dónde está? ¿Qué muerte?” No sentía miedo alguno porque no había muerte.

En vez de la muerte era la luz.

-¡Ahora lo comprendo! -dijo de pronto, en voz alta-. ¡Que alegría!

Todo esto sucedió para él en un instante, y la significación de ese instante ya no llegó a cambiar. Para los presentes la agonía se prolongó aún dos horas. Algo borboteaba en su pecho; su cuerpo, extenuado, se estremecía. Luego el borboteo y los ronquidos se fueron espaciando más y más.

-¡Se acabó! -dijo alguien sobre él.

El oyó estas palabras y las repitió en su alma. “Se acabó la muerte -se dijo-. La muerte no existe”.

Hizo una inspiración, se detuvo a la mitad, se estiró y quedó muerto.

FIN

